



Hacia ya mucho tiempo que éste había tenido su primera visión. Era una noche de verano placida, tibia, bañada por la luz plateada de la pálida luna. El sabio estaba en su cuarto, tendido en el lecho, sin poder conciliar el sueño. Durante el día había fatigado su espíritu observando con verdadero deleite una nueva variedad de la Aristoloquia que acababa de obtener. Y los ojos cerrados, el corazón lleno de alegría, el alma bañándose en ensueños ensantadores, seguía embotado por un deleite inenarrable, entre la quieta sombra del sueño y la vibrante luz de la vida. De pronto, algo impalpable pasó sobre su frente, batiendo muy quedo las alas, estremeciendo sus párpados cansados. Abrió los ojos y excurtó las sombras: no había nada. Pero algunos instantes después, alguien murmuró a su oído un levisimo acento, un llamado que parecía venir de muy lejos. Él prestó atención, repeliendo los audaces gnomos del sueño que pugnaban por cerrarle los párpados, euredándose las piernas en sus pestañas negras. Y tampoco vio ni oyó nada a su alrededor. Intranquilo, se revolvió un momento en el lecho, y, cuando, poco después, su conciencia sonámbula ya penetraba bajo la arcada sombría del reino del sueño, un brusco sobresalto Intignó su cuerpo todo. Si! no había duda. Alguien había llamado en su corazón; aún resonaba el eco de los dos golpes secos y sonoros. Entonces se sentó en el lecho y concentró toda su alma en el oído.

Y esta vez sí oyó que lo llamaban. Era una voz extraña, una voz que no podía partir de labio humano alguno; una voz de cristal que vibraba débilmente bajo el choque de un rayo de luz; una voz de sueño, rítmica, lejana, aérea, con vibraciones de kiores hebráicos.

¿Quién podía ser? Prestó más atención todavía, y le pareció que la voz venía de fuera. Se levantó apresuradamente y abrió la ventana. Aquel océano de luz serena y cristalina deslumbró su pupila, dejándole ciego por algunos instantes; y al mismo tiempo, la voz de su sueño llegó clara y distinta a su oído. Si! lo llamaban; lo llamaban desde el jardín.

No hubiera podido decir cómo abandonó su habitación y bajó la escalinata. Una fuerza agena a su voluntad y a su conciencia le conducían. Y cuando al pisar la enardecida vereda del jardín, ante el pórtico que formaban las piramidales araucanias, se encontró frente al pueblo de sus flores, un aplauso nutrido, vibrante, colosal llenó todo el espacio y fluctuó entre las tibias palpitaciones de aquel océano de luz plateada. Avanzó, todavía vacilante, y las primeras flores alzaron hacia él los brazos, aplaudiendo alegremente. Y cuando, cerca del invérnáculo, sus ojos sonrieron llenos de felicidad a aquel mundo perfumado, vestido de gala, con sus trajes más primorosos y más bellos, iluminados por la blanca luz de la luna, como en una *soirée* deslumbrante, una música imperceptible al principio, más distinta luego y por fin, grandiosa y sublime llenó su espíritu de suave y deliciosos placeres. Si! no había duda. Eran sus flores las que cantaban aquel himno celestial, aquel *hossanna* de amor, impregnado de acordes celestiales, de melodías ultraterrestres. Inclinado hacia delante, toda el alma en los ojos, el Poeta escuchaba aquella armonía incorpórea, infinita, llena de dulzura y de amor. ¿Cuánto tiempo estuvo allí? No lo supo jamás; pero, cuando la luna, batiendo lentamente sus impalpables alas de cristal se reclinó, vencida por el sueño y el

cansancio, sobre la blanda almohada de brumas blancuecinas que le ofrecía el Occidente glorioso, el Poeta cesó de oír la música divina y extraña de sus flores y fué, lleno de tristeza, a encerrarse en su habitación.

Desde aquella noche, se dedicó con más ahínco a sus flores, viviendo solo por ellas y olvidando todo lo que no fuera ellas. De ese modo su ser se espiritualizó más y más, y, muerto su sensorio para todo el mundo terrenal, viviendo sólo con los sentidos de los goces puros é incorpóreos, la vista y el oído, entró al fin en el reino de la felicidad sin límites. Desde entonces platicó sin trabas con sus flores, y distinguió perfectamente lo que se oculta a los ojos de los demás mortales. Ese era su secreto; esa era su dicha. Nadie, sino él le poseía; nadie más que él la gozaba.

Cada flor era un músico inspirado, celestial, grandioso. Cada flor era un instrumento que, al irradiar la luz de sus matices y al verter los átomos impalpables de sus perfumes, hacían más sublimes y armoniosos los sonidos que producían. Y estudiándolas, estudiando siempre a sus flores queridas, llegó a comprender el rol que cada una desempeñaba en la soberbia orquesta cuya música había enajenado su alma en aquella noche inolvidable. Los jazmines del Cabo, deslumbrantes de blancura, que parecen el mantel sagrado extendido en el altar del perfume, eran los dulcísimos violines de notas cristalinas, blancas como el nevado torso de los cisnes, puras y amorosas como los sueños de los arcángeles que entonan su *hossanna* inmortal ante el divino trono del Adelghi; aquel enjambre perfumado de las diamelas y rosas, representaban los segundos violines y las violas, de melodías infinitas, dulcísimas, pasionales, ora empapadas en la risa de los cielos, ora sollozantes con toda la desventura del corazón humano al través de las razas y de los tiempos; el heliotropo, con sus perfumes capitosos, ya suaves como un hilo de luz, ya graves como el beso de una madre moribunda, era la flauta genial que poblara de erráticos y melancólicos acentos los bosques de la Grecia legendaria, y a ella acompañaba el clarinete, los nardos gentiles que semejan columnas de marfil terminadas en rosetones, con sus notas penetrantes, agudas como cabellos de vidrio, místicas como la espuma del incienso en las viejas catedrales; las melancólicas azucenas, con sus tónicas virginales glaciadas por el resplandor de la infancia, representaban los sublimes violoncelos de notas enamoradas, tibias, puras y tersas como los senos de una virgen; las gigantes magnolias, hechas de raso de seda blanca, eran los contrabajos de la orquesta, y su perfume enervante, como lujurias doradas, traducíase en notas graves, pesadas, tan pesadas y graves que se podían palpar; las glicinas gentiles como vírgenes atenienses vestidas con leve cenical color de lila, se levantaban en forma de harpa y su perfume lánguido, en efecto, modulaba notas de porcelana, como las que vuelan azoradas y dulcísimas entre las cuerdas del divino instrumento; los claveles, mariposas perfumadas, con sus policromos matices, con su perfume sensual y capitoso, remedaban las voces humanas de los oboes; las aljabas pintorescas, color de púrpura, matizadas de azul y enhebradas con estambres y pistilos blancos y dorados, sin perfume, sin alma, eran los gangosos fagotes de notas sonoras; y por fin, allí estaban, también, todos los

instrumentos de cobre, las flores sonoras, de perfumes de sol, de notas vibrantes, de acentos metálicos, ora graves como la caída de la tarde en la soledad inmensa del desierto, ora marciales y guerreras como las auroras triunfales de la Edad Media,—el floripondio imperial con su corona de alabastro donde reverberan resplandores itálicos, que semeja el saxo; las dalias de terciopelo rojo, redondas, acanotadas como rojos panales de cuyo fondo brota la miel de las notas graves, sordas, sin perfume, de las trompas; los girasoles grandiosos, de un color amarillo de oro imponente, que parecen las igneas ruedas del carro de Febo, representando los sonoros clarines, de notas de fuego, vibrantes y metálicas; los malvones, como redondos cascos guerreros tallados en rubis gigantes, eran los trombones de la orquesta; las campanillas azules, lanzaban juguetonamente al aire las notas nerviosas, transparentes, argentinas del triángulo, como si las agitaran rubios efébos;—y por último, allí estaban las redondas hortensias, los sordos timbales, con sus redobles huecos, roncros y desolados que parecían los pasos de un acompañamiento fúnebre sobre las heladas losas del cementerio, y las rojas amapolas que despedían de sus amplias y acarminadas corolas las notas sangrantes y estertóricas, á veces con verdaderos alaridos de triunfo salvaje, del bombo y de los platillos.

Y era de ver cuando el Poeta, sentado en su rústico banquito, teniendo al frente el escenario que iluminaba una batería de margaritas multicolores y á su espalda el público, aquel millar de flores de las madre selvas entusiastas, dirigía su orquesta floral. Había estudiado tan bien sus flores, había combinado de tal manera los perfumes y los matices, había educado de tal manera su sensorio á aquellas vibraciones lumínicas y olorosas, que el resultado había sido un grandioso poema sinfónico como jamás lo compusiera el más brillante genio musical. Por otra parte, habíase preocupado del libreto, de manera que la música marchara de perfecto acuerdo con él, y en esa obra magna, difícilísima, tuvo que vencer obstáculos de todo género y profundizar aún más sus estudios. Por fin, un hecho puramente fortuito le dió toda la clave del poema: sabido es que las flores se enamoran las unas de las otras, lo que equivale á decir, que una toma los colores de otra vecina, perdiendo los propios. Este tema pasional, eminentemente adecuado para la música de las flores, fué desarrollado felizmente por el Poeta.

Un pensamiento—un real pensamiento vestido con amplia túnica de terciopelo negro—estaba desposado con una princesa hermosísima, blanca como los ensueños de los niños muertos. Vivían hacia largo tiempo—veinticuatro horas ya!—contentos y felices, cuando un día el pensamiento blanco, la real princesa, advirtió cerca de ella un jovencuelo gallardo, un pobre vasallo de su real esposo: era un pequeño pensamiento azul de reflejos de záfiro. El pobrecillo vió la realeza del pensamiento blanco, y sintiendo despertar súbitamente en su corazón la gloria de amarla, cogió su laúd—pues era inspiradísimo trovador—y entonó la más apasionada de sus canciones. Aquellas frases ardientes llegaron como una alborada misteriosa hasta el alma de la reina pálida, y, desde aquel supremo instante, se enamoró del gallardo doncel. Y cuando la noche corría su velo de sombras, una vez que el real señor de la túnica de terciopelo negro se dormía sobre su

trono de esmeraldas, la enamorada pareja platicaba amorosamente, tegiendo encantados vergebles de eterna dicha y eterna primavera y enviándose con su polen ardoroso, en besos enamorados, toda el alma de su sér.

Pero, ¡ay! aquella dicha no podía durar mucho tiempo. La enamorada reina no lograba disimular su culpable pasión, y sus repetidos desuoidos, las profundas meditaciones en que se abismaba, llamaron la atención del real señor del manto de terciopelo negro y corona de oro y pedrerías. Por lo demás, la reina cambiaba su modo de ser de una manera inexplicable. Los colores de su túnica imperial ya no eran los que amaba su real esposo: ahora los había cambiado por los que usaba su amante; y este hecho, al parecer insignificante, puso sobre la pista al esposo engañado. Observó con *qisimulo* á los amantes, y pudo sorprender miradas lánguidas y desmayadas, suspiros enamorados y furtivos, gestos de inequívoca complicidad. Desde aquel momento, la cólera rugió en el corazón del altivo rey y juró vengar aquella traición artera.

Una noche,—¡qué hermosa noche de verano, Dios mío!—el real señor de la túnica de azabache y corona de oro, fingióse ligeramente indispuerto y acostóse en su lecho de esmeraldas. La reina apenas le vió dormido concurrió apresuradamente á la cita donde su amante no tardó en llegar para repetirle su credo de amor. ¡Qué bien se expresaba el hermosísimo galán y cuán gentiles eran los pensamientos que nacían de su alma! ¡Cómo vibraba á impulsos de su pasión el pobrecillo, repitiendo por centésima vez á su adorada los dulces ensueños que poblaban sus noches desde que su alma se había unido con su alma! ¡Y cuán hermoso era el porvenir por él soñado, llenos de perfumes encantados y sembrados de perlas de rocío cuando, una vez muerto el esposo, pudieran los dos alzar libremente las frentes al claro sol, descubriendo así al mundo entero el secreto de sus almas enamoradas! Ella le oía encantada, mecida por aquellos ensueños que transportaban su alma á las etéreas salas del amor imperecedero, y poco á poco su cabecita querida se reclinaba sobre el pecho de su amante. Y entonces, mientras el apuesto mancebo, en el colmo de su dicha, se inclinaba para depositar sobre los labios ardientes de su amada su más dulce ósculo de amor, surgía de improviso el engañado esposo, y con su puñal hería de muerte á la culpable pareja. Y en un *addio* tristísimo que se enviaban ambos amantes al sentir el frío de la muerte helar la savia de sus venas, mientras el vengativo Otelo, iracundo y hosco, los miraba fijamente, ebrio aún de roja cólera y horrorizado al mismo tiempo de su terrible obra, concluía el poema grandioso.

Pero si bello era el argumento de la obra, y preciosísimas las frases de candentes pasión, de sentimientos encontrados que tenía el libreto, más bella aún era la orquestación que el Poeta había dado al poema musical. ¡Qué sinfonía grandiosa aquella en que se condensaba toda la obra y donde mientras los pálidos jazmines del Cabo cantaban el motivo tristísimo del *addio* final, rugían los cobs con sus más violentas notas de cólera y venganza arrancadas de las sangrientas amapolas y de los acarminados malvones! ¡Qué hermoso dúo de amor aquel que acompañaban los mismos violines y el harpa de glicinas y las notas pasionales de violoncelo de las azucenas! ¡Qué elegía más sentida la de aquel *addio* final que arrancaban las cuerdas de las enamoradas

violadas de la orquesta, las rosas expirantes de perfumes tenuísimos.

El Poeta había puesto en aquella obra grandiosa toda su alma y su mismo corazón; y las flores de su jardín le secundaban admirablemente en la ejecución del poema sinfónico.

Mas ¡ay! cuando terminada su obra, quiso darla al público humano, se le acusó de loco y se le arrancó violentamente de entre sus músicos. ¡La envidia! ¡La envidia solamente era la que le encadenaba, para destruir su obra y sejozgar su genio! La imbecilidad humana no comprendía lo inmenso de su trabajo y las bellezas que él encerraba; y desde aquel momento fué traidoramente atacado por la turbamulta de medianías é ignorantes que le envidiaban y le escarneaban.

Pero ahora, ahora estaba libre! Había logrado burlar la vigilancia de sus tiranos, y se hallaba otra vez en el templo sagrado. Sin embargo, durante un segundo, una duda atroz martirizó su cerebro: ¿le habría olvidado su orquesta? ¿obedecerían sus profesores al llamado de su batuta? ¿no le habrían robado su poema?

Pálido de emoción, anhelante, con un ligero tic nervioso en sus labios, dirigió una mirada de inteligencia á sus queridas flores y las llamó con un breve golpecito. Y en ese minuto supremo, la intuición de que aún le obedecían, puso en sus ojos un rayo de luz, un rayo de alegría que iluminó todo su semblante. ¡Si! Todavía le amaban! Aún le obedecían! Apenas su brazo se alzó, marcando los primeros compases, los instrumentos de cobre rompieron á tocar los primeros, sonoros, graves, con las resonancias de caverna de las dalias roncacas, como obscuras trompas que se iluminaban en el lento y magestuoso desarrollo de los compases; con aquellas notas rientes de los jazmines del Cabo y los rayos de sol de los clarines amarillos,—los triunfales girasoles,—unas notas juguetonas, saltadoras, que parecían chispitas de luz en los arpeggios de los jazmines del Cabo y alboradas de luz cuajadas de puntitos de oro en las prodigiosas *apoggiaturas* del pasional heliotropo, la dulcísima flauta de la orquesta. Y poco á poco, iban entrando todos los instrumentos, con precisión matemática, á medida que él, con una rapidísima mirada, llamaba hacia sí sus matices ó sus perfumes. Los clarinetes—aquellos nardos encantadores que parecen hijos del llanto de la luna—lamentábanse con heladas voces de osario; mientras los claveles con la majestad de los oboes, combinaban en medio de una especie de frenesí sus colores caprichosos para formar la cadencia total.

Y bruscamente, el concertante grandioso desbordaba en torrentes de matices y perfumes en medio de la floral orquesta. El lírico suspiro de los jazmines cantando blancas leyendas de amor, parecía apoyarse dulcemente sobre los perfumes de las rosas que pasan como la sombra de un ala sobre el firmamento, combinándose caprichosamente con las melodías color de leche de los nardos, los agudos clarinetes de la orquesta; mientras que los claveles, con sus notas de oboes, recordadas y flexibles, ejecutaban escalas cromáticas donde corrían ríos de azurita y de rubí para alcanzar las notas vibrantes de los girasoles, esas notas de sol de los clarines que caen en chorros de luz dorada como temblorosas hileras de rubias hormigas y los roncros estruendos de los trombones, aquellos malvones soberbios de color de crímenes trágicos. Y había al través de aquellos perfumes que cruzaban á lo largo del jardín

en espirales cadenciosas, resbalando viscosamente como monstruos submarinos por las capas líquidas de un mar verdoso y transparente, melodías de amor más dulces que la esperanza de una felicidad ya consumida y gemidos de dolor en aquellos cobs que movían históricamente sus gruesas lenguas de metal, lanzando sonidos poderosos, con rugidos de caverna y alaridos frenéticos de hipogrifos heridos.

Pero de pronto callaba aquella música colosal y enmudecían las dalias y malvones, los girasoles y floripondios, los nardos y claveles; y apenas volaba la última estrofa del poema como un ave azorada por la inmensidad del firmamento, una nota única, sostenida, de rítmica dulzura, arrancada en la prima de los violines y sombreada por el trémolo de las azucenas, iniciaba el dúo de amor. Ambos amantes, allí en la escena, empezaban su idilio de amor, que acompañaban los jazmines, pálidos de emoción, como si se les fuera la cabeza, exhalando un suspiro mortecino, lleno de delicadas emanaciones olorosas. Y poco á poco, mientras adelantaba el dúo y así que los amantes se rendían á la pasión, próximos á caer el uno en brazos del otro, las enamoradas violas de la orquesta, aquellas rosas de pétalos tersos y mórbidos como los muslos de una mujer, ejecutaban arpeggios cargados de perfumes capitosos; cantando el himno de amor con frases candentes de pasión en las que corrían resplandores de Iragua y pálidos súbitos, de esas que acompañan los espasmos queridos del supremo placer.

Ahora el enamorado doncel—aquel bellísimo pensamiento azul—seguía cantando su credo divino con las notas más vibrantes de los jazmines del Cabo, y su dulce amada, vencida por la dicha, subyugada por la pasión, recinaba su cabecita sobre el pecho de su amante. Y el amor criminal, el amor adúltero, triunfante, se consumaba al cabo: el doncel unía sus labios sedientos á los labios de su reina. Entonces los violines eran un susurro lejano, un suave estremecimiento de alas, un hilo de notas imperceptibles que seguía las pulsaciones del tiempo, mientras que la flauta hacia su entrada,—el heliotropo sensual y enervante cuyos perfumes, como una gran noche astral en que hubieran nimbos de oro, irisaciones de nácar negro y claridades vídriosas de estrellas lejanas, tienen perversidades de alcoba y hacen soñar con besos ardientes depositados sobre la piel satinada y voluptuosa de las vírgenes líbricas. Un fuego de amor, trepidante, nervioso, cuajado de enardecimientos de la carne y de lujurias refinadas, aleteaba en la atmósfera, encendiendo caricias sensuales, sacudimientos frenéticos y besos ardientes, largos, apasionados, de esos que funden en una las almas de dos amantes. El amor triunfaba; la ventura era un sol; el goce chisporroteaba en el polen de las flores, y el heliotropo seguía derramando sus notas en pesadas espirales de perfumes enervantes...

De pronto, surgía el ofendido esposo,—el real pensamiento de largo manto de terciopelo negro.—Las roncacas trompas,—aquellas dalias sangrientas y sin perfume—daban la salida del personaje, y apenas sus roncacas voces, interrumpiendo el dúo de amor, anunciaban el supremo instante de la venganza, mezclábanse á ellas las estruendosas amapolas con sus anagos y resuellos de vena rota que deja escapar la sangre á borbotones. Y eran entonces, en la orquesta, donde ha poco vibraban los perñunados ecos de policromas leyendas, terribles gemidos de

dolor, quejas desgarradoras de sufrimiento, rugidos de venganza despiadada, que lanzaban al aire vertiginosamente, como en una especie de lucido frenesí, los trombones y clarines vengadores. Los glicinos, semejantes a germanos oscuros de oro heridos por los rayos de un sol salvaje, despedían sus notas amarillas, con perfumes de sol, vivas, inquietas, fulgurantes como cascadas de oro líquido, sintetizando el pavor de los sorprendidos amantes; mientras que los trombones, describiendo la cábala del ultrajado esposo, tenían soberbios atrezos de águila caudal, cruzados de árboles centenarios que, arrastrados por el huracán, fueran a chocar contra escudos de oro bárbaro. Y hasta las hortensias, empujadas de aquel desenfreno, como roncós timbales, resonaban con el sordo redoble de los cascos de las valquirias en su galope desenfrenado.

Allegaba ahora el terrible instante; y al bajar el puñal vengador sobre el pecho de los amantes, las violas y los oboes, en una combinación originalísima, lanzaban acordes flúebres, color de azabache, que pesaban sobre el corazón con el horror de las trágicas noches de tormenta; entretanto que los platillos de las anapolas, con sus notas frías como la herida de una lámina de acero, vibraban con alegría salvaje, haciendo cruje los dientes, entenebreciendo el cerebro y despenando torrentes de hielo por las arterias y las venas. Y había notas metálicas estridentes en los glicinos, estertores roncós en las dalias, gemidos de muerte entre las pálidas rosas, silbicas agudas entre los ruidos de marfil y rugidos de hiena en las voces desecadenadas de los malvenas sangrientos.

Después, bruscamente, sin transición, de todo aquel estruendo, sólo quedaba una sorda palpación en las magnolias de notas de contrabajo, un rumor sostenido flúebres, prolongado como el estremecimiento de la carne por el miedo, como el rudo temor de los instantes espantosos, como el eco sombrío que sucede a las grandes tempestades que se alejan. Y la nota grave, roncós, palpitante se prolongaba aún con la tristeza y desolación de las horas que suceden a la distancia, para representar aquella escena muda de los tres personajes en primer término, el esposo vengador, hondo, sombrío, contemplando su terrible obra con algo de espanto en la mirada, y luego a sus pies, las pobres víctimas, desangrándose con la eterna noche del sepulcro resplandeciente en el fondo de sus pupilas.

Pulcamente cual si llegaran de regiones muy lejanas, de países olvidados, unas notas graves, melancólicas iniciaban un desgarrado coro de dolor, eran las harpas melancólicas de notas de porcelana, las dulcísimas glicinas con el color de melancólicas plegarias y con sus perfumes ligeros de aromáticas dormidas. El oratorio seguía pontificando y en sus melodías de penetradas había notas pesadas, como el de rodar de una rueda gruesa, era serena, cual si se resacasen con la desusada gloria de una hiena. Y al terminar la cadencia última con toda la pompa de la última legítima, con esa desgarradora melancolía de las partes mortuorias, los arpeggios de alabastro resonaban y rompían para dar su estancia en el bello mundo a los flameros del Cabo. Los platillos vibraban, entonces, en silencio, alida con una melancolía profunda, roncós, como un destino de alivio de la luna grande sobre las aguas del mar en calma, un susurro de melancolías que desfilaban sobre deudas capitales, cada

vez más sutil; un hilo de notas moribundas que volaban a las lejanías del horizonte. Y los nuevos jazmines seguían moviendo el arco, cada vez más despacio, rozando apenas las cuerdas, exhalando su expirante perfume como el eco de un sonido que hubiera brotado hacia millares de siglos en los tiempos misteriosos de los legendarios faraones. Entretanto, las rosas y las glicinas mezclaban a ellos sus notas también desfallecientes, tiernas como una caricia celeste, sollozantes como ese mudo dolor que surge del fondo del alma humana en las horas de inmensa desventura y que parecen elaboradas con todo el sufrimiento de la humanidad desde su origen en la obscura noche de los tiempos.

Inclinado hacia delante, los ojos extraviados, los cabellos revueltos sobre las sienes inspiradas como los de un naufrago, la respiración contenida y el corazón angustiado, el Poeta seguía escuchando aquella melodía divina que lo llegaba en ondas silentes de perfumes moribundos. Todo el dolor de la mujer amada que siente los helados dedos de mármol de la muerte reclinar sus párpados, todo el sufrimiento de aquellos dos corazones enamorados que la tumba viene a separar para siempre con su blanco sudario de olvido, gemía en el tristísimo *adido* que cantaban los jazmines del Cabo, y resonaba en los sollozos del violoncelo, y repercutía, como un eco lejano, en las notas del harpa de las aéreas glicinas. ¡Qué desgarradora música aquella! Las fibras de su corazón, como las cuerdas tirantes de un instrumento, reventaban una a una, dolorosamente, con estertores callados, entre sollozos contenidos. Y la melodía se extinguía lentamente, como si la música se alejara; palidecía poco a poco bajo el resplandor helado de los errantes planetas, enhebrándose siempre con los ecos de las glicinas queridas, rompiéndose por momentos en las azucenas con los sollozos desgarradores de los violoncelos;—y el Poeta, para no perder una nota de aquellas fieras que lo enviaban sus últimos perfumes, para seguir aún, algunos segundos más, aquel *adido* moribundo que ya cesaba de batir sus alas y caía lentamente sobre la playa desierta, se iba inclinando hacia delante, cada vez más, todavía un poco....

Una gota de luz, un hilo incorpóreo; después un lampo luego, algo así como el sueño intangibles de un parpadeo.... la última nota del inmenso poema....

—¡Sál! ¡Sál!

¿Es el público que lo llamaba por su nombre? Sí, el Poeta sentía, desde largo tiempo atrás la respiración contenida de las madreselvas como si no hubieran querido interrumpir la emisión de aquella música gigante; el Poeta sentía dentro suyo crecer el entusiasmo, latir apremiantemente, a compás con el suyo, todas aquellas corazonas sentía la admiración aumentada por momentos sentía el triunfo, la ovación, el beso de la gloria inmortal....

—¡Sál! ¡Sál!

Lo llamaban sí, pero él seguía hipnotizado aquella última nota la seguía con el alma, al abandonar por siempre el seno de los expirantes jazmines la seguía aún al elevarse en el éter, intangible, avivada, vacillante, cual la pluma de un ave y cada vez más inclinando hacia delante la seguía todavía en su agonía, en su salida a los cielos hasta perderse allá lejos, muy lejos, hacia el reino de diamantes de las estrellas.

Cayó boca abajo, sobre la arenilla húmeda del jardín. De allí, los que le buscaban ansiosamente, con un presentimiento fatal, le recogieron. Pero ya era tarde: su alma había volado al cielo con los postreros perfumes de sus flores,—con la última nota de su poema.— ¡Estaba libre!

Víctor PÉREZ PETIT.

DOS POESÍAS DEL DOCTOR VALDERRAMA

ESTUDIOS RETÓRICOS

(PROYECTO DE COMPOSICIÓN EN TU ALBUM)

*Doctrina:* empiezo por ella; Para un álbum: corto y bueno; En cada estrofa un primor, Un diamante en cada verso.

*Tema:* por lo general, No debe ser nunca viejo Y quedan así excluidos Tu belleza, tu talento,

Tu música, tu instrucción, Tu gracia, tu noble anhelo Por hacer que en torno tuyo Broten las dichas sin cuento.

*Plan:* me parece sencillo: Envolver en blanco velo, Sembrado de estrellas de oro, Tu blanco y gracioso seno,

Dejando ver al través De esas estrellas del cielo Con cuidadoso descuido Tus virtudes y tu ingenio.

*Ejecución:* pocas líneas, Cujadas de pensamientos, Todo nuevo, original; Que aquí huelgan los modelos.

En fin, darte en media página Tantas muestras de talento, Que, sin sorpresa, no puedan Leerla tus ojos bellos.

Lo que es para profesor Yo he nacido, no hay remedio; Por encima de la ropa, Se adivina en mí al maestro;

Pero soy tan ocupado, Que el plan realizar no puedo: No ha de faltarte un amigo Que ejecute este proyecto.

Lo realizará al instante; Le doy el trabajo hecho.... Lo que es por mí.... yo lo haría De mil amores.... ¿y el tiempo?

LA CIENCIA DE LOS NÚMEROS

Iniciada de Tru...er.

¿Qué cosa tan singular Es la ciencia de los números? ¿Qué cantidad de verdades? ¿Qué problemas tan profundos?

Quando mi labio amante Se junta al tuyo Y, en un beso anhelo, Palpitan juntos.

Son dos, dirá cualquiera, Y no es más que uno. ¿Dime si no es profunda La ciencia de los números?

Si mis brazos se enlazan, Con noble orgullo, A tus brazos de nieve Medio desnudos, Todos dicen: son cuatro, Y sólo es uno. ¿No ves que es muy profunda La ciencia de los números?

Si un día, por milagro, Milagro tuyo, Se te aparece un ángel Hermoso y rubio, Dime tú: ¿cuántos somos? ¿Que tres? Pues uno. Mira tú si es profunda La ciencia de los números.

Así el amor lo fundo Todo en el mundo: El plural es la forma Y el fondo es uno. Cree lo que yo te digo, Yo te lo juro. Vamos, ¡que es muy profunda La ciencia de los números!

ADOLFO VALDERRAMA.

Santiago de Chile, Septiembre, 1896.

HISTORIA DE LA EDUCACIÓN NACIONAL

1827-1877

PRELIMINARES DE LA REFORMA

SUMARIO:—Viaje de José Pedro Varela a Europa y Norte-América.—Ideas y enseñanzas que allí recogió.—Su pensamiento de reforma escolar.—Fundación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.—Impulso que en ella dió a sus proyectos.—Sus conferencias en la Universidad.—La Escuela «Elbio Fernández».—Su obra «La Educación del Pueblo».—Ensayos eficaces y emuladores.—Su libro «La Legislación Escolar».—Resistencia que levantaron sus teorías educacionistas.—Polémica con el doctor Carlos M. Ramírez en la «Sociedad Universitaria».—Conferencias del mismo en la «Sociedad Científico-Artística», de Paysandú.—Justicia a Varela y su obra reformadora.—Apreciaciones de varios pensadores rioplatenses sobre la necesidad imperiosa de emprender esa reforma. Varela en la Inspección Nacional de Instrucción Pública.—Su triunfo.

La cuestión método en materia de enseñanza es capital. Un método vicioso hace perder el tiempo al niño, origina gastos inútiles a sus padres, lo atrasa en su educación, lo fatiga, y dándole ideas falsas o incompletas, puede decidir de su suerte y de su porvenir. — ESTEBAN ECHEVERRÍA. — *Manual de enseñanza moral.* Mont., 1816.

José Pedro Varela, que amaba a su patria como todo buen ciudadano, anhelaba para ella un porvenir más próspero y feliz que el que dibujábase ante su vista.

La densa bruma de la pasión política obscurecía el horizonte plácido y sereno que concibiera la ardiente imaginación de los próceres y mártires de la nacionalidad uruguaya.

La guerra civil había encendido la rojiza hoguera de los odios desde los comienzos de nuestra emancipación; dos partidos en abierta pugna se disputaban, en encarnizada lucha, las riendas del gobierno, y el ciuda-

dano vivía una vida de incertidumbres y de borrascas.

La Guerra Grande, Quinteros y Paysandú habían debilitado el robusto organismo de nuestra vitalidad, y la educación,—a pesar de sus reglamentaciones y de los patrióticos esfuerzos de hombres y gobernantes bien intencionados,—lejos de abrirse camino, se hallaba generalmente descuidada.

Varela pensó en ella, y a los 22 años de edad, en agosto de 1867, resolvió viajar por Europa y los Estados Unidos de Norte América, para nutrir su espíritu con la savia de provechosos conocimientos.

El justo renombre y los trabajos de Horacio Mann le seducían y emulaban; y ellos tuvieron la virtud, juzgados por él de cerca, de decidirlo a seguir sus huellas en holocausto al engrandecimiento futuro de su patria.

Regresó a su país con la cabeza henchida de proyectos y el corazón rebosante de entusiasmo; pero tornó en una época calcinante, de zozobras y de agitacionés, a raíz del asesinato del general Venancio Flores, que rigiera hasta hacía poco los destinos de la República y que había sido jefe de su partido y de la revolución triunfante de 1863-65.

No era, pues, propicia la oportunidad para que pudiera propagar con éxito las brillantes ideas que bullían en su privilegiado cerebro.

Sin embargo, ese mismo año (1868), en unión del doctor Carlos María Ramírez, promovió la fundación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, y dió varias conferencias públicas en los salones de la Universidad.

No podía encarnar esas ideas en el seno del Gobierno y traducirlas en leyes de la nación, pero, en cambio, arrojaba la bienhechora simiente en el surco de la opinión pública.

En su primera conferencia, aludiendo a su visita a la gran República del Norte, decía: «Durante mi permanencia en Estados Unidos, en la conciencia, por decirlo así, del pueblo norte americano, que no concibe la república sin la educación; en los escritos de Horacio Mann, de Winckersham, de Andrew, de tantos otros; y sobre todo, en las obras y en las palabras de don Domingo Sarmiento, argentino por el nacimiento y por la lengua, norte americano por las ideas y la educación, he adquirido mi entusiasmo por la causa de la educación popular.»

Echando una mirada investigadora por nuestro continente, citó algunos párrafos de la notable obra de Sarmiento, *Las Escuelas*, entre los cuales se leen estas hermosas palabras:

«¿Qué le falta a la América del Sud para ser asiento de naciones poderosas? Dígamlo sin reparo: Instrucción, educación, difundidas en la masa de los habitantes, para que sea cada uno elemento y centro de producción y riqueza, de resistencia inteligente contra los bruscos movimientos sociales, de investigación y freno al gobierno. El despotismo, la libertad, la monarquía, la república, no cambiarán la esencia de las cosas: la libertad, porque deja libres las pasiones sin inteligencia; el despotismo, porque aplas-

ta las pocas fuerzas útiles y agrava el mal futuro en busca de un reposo efímero; la república, porque no se gobierna a sí misma; la monarquía, porque a los males conocidos, añade el trabajo de crear uno nuevo y el dispendio de mantenerla.»

La escuela, pues, agregaba Varela, es la base de la república. Sin ella podrán vivir y sostenerse los gobiernos despóticos; pero las democracias sólo encontrarán el desquicio y el caos, mientras no eduquen a sus niños.

En tales ideas, tenía forzosamente que persistir en su propaganda, persiguiendo la realización de sus patrióticos ideales.

La política,—a pesar de haber militado en ella en medio las más rudas pasiones y debates en la tribuna y en la prensa, siendo el heraldo de la concordia cívica en su diario *La Paz*, durante la revolución del general Aparicio (1870-72),—no quebrantó su ánimo de atleta ni desilusionó su espíritu de ciudadano.

Por el contrario: todo lo empujaba hacia adelante.

La guerra civil, con su cortejo de calamidades, cismas, malos gobiernos y descalabro económico, lo inducía a pensar en la niñez, cuya educación, estaba persuadido, había de cambiar en época más ó menos cercana la faz de la República.

La Sociedad de Amigos de la Educación Popular, de cuya Directiva fué Presidente, le proporcionó la ocasión de poner en práctica,—aunque en modesta escala,—sus proyectos de reforma.

Fundóse una escuela, que hoy subsiste, a la cual se le puso por título *Elbio Fernández*, en homenaje al primer Presidente de la Sociedad, poco antes fallecido, y que había sido un obrero esforzado de la causa de la educación.

En esa escuela se adoptaron los métodos y sistema de enseñanza que Varela anhelaba implantar en las escuelas públicas de su país. En ella era maestro y mentor.

El doctor Manuel Herrero y Espinosa en la obra que consagró a la memoria del Horacio Mann uruguayo, y en la que hace destacar su personalidad con talento y brillantez de estilo, lo presenta de cuerpo entero en estas breves frases:

«José Pedro Varela en la Sociedad de Amigos, dirigía clases para maestros, iniciándolos en los métodos pedagógicos más adelantados; examinaba las clases semanalmente, asistiendo a ellas con el objeto de corregir las enseñanzas que juzgaba incompletas ó defectuosas;—redactaba las memorias anuales, en las cuales se da cuenta del movimiento social de la institución, de su crecimiento y de los triunfos que sucesivamente conseguía;—se multiplicaba en todas partes, siendo, más que el Presidente, el alma de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.»

Esto confortaba su espíritu y le animaba para seguir adelante, sin vacilaciones cobardes, sin temor a las contrariedades y a la lucha.

Nada le arredraba, porque había nacido para el combáte, y tenía por aliadas a la perseverancia y a la fe.

En 1873, los señores Lezica, Lanuz y

Fynn solicitaron de la Sociedad un plan de estudios para un colegio superior á fundarse en el espléndido edificio por ellos construido en Villa Colón.

Varela, en unión de los señores Dr. don Alfredo Vázquez Acevedo, Dr. don Alberto García Lagos y don Emilio Romero, (1) fué comisionado por el Directorio para informar al respecto.

Sus compañeros de Comisión, reconociendo en él sobresalientes aptitudes, le confiaron la redacción de ese informe,—y en 1874, en el mes de agosto, puso en mano de sus colegas del Directorio un extenso manuscrito, conteniendo sus observaciones.

Ese manuscrito resultó un notable tratado de Pedagogía, lo más notable que hasta entonces se había escrito en Sud-América sobre materia escolar.

Donado por él á la Sociedad, publicóse ese mismo año en dos volúmenes de más de 300 páginas cada uno bajo el título de *La Educación del Pueblo*.

Las ideas de Varela fueron en esa obra ampliamente desarrolladas, con gran acopio de datos, con lógica y con lucidez.

Se acercaba, pues, cada vez más, al desideratum de sus nobles aspiraciones.

Aquella semilla modestamente arrojada en sus conferencias de la Universidad y en las clases de la *Escuela Elbio Fernández*, empezaba á fructificar, pues en Paysandú (2) en el Carmelo, en San José, en la Florida y en la Colonia se habían establecido escuelas que respondían á sus mismos fines.

Escribe después *La Legislación Escolar*, otra obra notable, pero que estaba llamada á la polémica, por las teorías evolucionistas en política que ella sostenía,—y tuvo un terrible adversario en su viejo amigo y compañero de causa, doctor Carlos María Ramírez.

Ambos dieron varias conferencias en la Sociedad Universitaria, despertando vivísimo interés entre las personas ilustradas.

El Dr. Ramírez no combatía el sistema de enseñanza, no dirigía sus armas contra las ideas que había propagado junto con Varela en la Sociedad de Amigos: combatía su nueva doctrina, la doctrina de la evolución y sus críticas á los estudios universitarios.

Empero, esto distanció á los aliados de la víspera, y enfrió las relaciones de quienes, —como ellos mismo lo dijieran,—se habían encontrado juntos amando y sufriendo las sonrisas de los primeros amores, y la nostalgia de los primeros destierros, y la ale-

gría de las primeras ilusiones, y la amargura de los primeros desengaños.

Pero el Dr. Ramírez le admiraba, era partidario de la reforma, tenía fe en los inteligentes esfuerzos de Varela,—y en 1879, poco antes de que éste falleciera, dió varias conferencias en la *Sociedad Científico Artística* de Paysandú, en las cuales hizo cumplida justicia.

Esta sola frase de una de esas conferencias condensa todo su pensamiento y basta para honrarle:

«La bandera del espíritu moderno, la bandera de nuestra regeneración social, está en las manos de don José Pedro Varela.

«Si militamos bajo esa bandera, no tengamos embozo en honrar á su abanderado. Yo, por mi parte, me complazco en saludarlo desde esta tribuna con el título que ya le han discernido las simpatías populares: con el título de Horacio Mann oriental.»

Varela estaba moribundo, y estas palabras de su íntimo amigo de la infancia y adversario implacable, más tarde, de sus ideas evolucionistas, descendieron á su corazón como una lluvia balsámica y regeneradora.

El sol radioso de su espíritu declinaba en el cielo crepuscular de la vida;—pero había triunfado,—el ángel tutelar de la justicia se cernía sobre su cabeza para arrancar de ella la corona de espigas que colocaran la contrariedad y la malediciencia, y poner en su lugar una de siemprevivas tejida por la mano de la gratitud nacional y de la inmortalidad.

Fué Varela un apóstol y un mártir de la educación.

Un apóstol, porque propagó incansablemente sus doctrinas hasta lograr hacerlas carne; y un mártir, porque sacrificó su vida, su juventud y su bienestar en aras de la niñez de su patria.

Su Memoria correspondiente al período transcurrido desde el 24 de agosto de 1877 hasta el 31 de diciembre 1878, refleja claramente, y más que todo, su grande y entrañable amor á la educación.

«Si por el estado de mi salud, ó por cualquiera otra causa, dejo pronto el puesto público que ocupo, (el de Inspector Nacional de Instrucción Pública), decía, abrigo la esperanza de que, al menos, esta Memoria, servirá, en cualquier época, para dar testimonio público de que he consagrado todo mi tiempo, sin días de fiesta, ni horas de descanso, al servicio de la educación: de que he hecho cuanto he podido para responder cumplidamente al alto honor que se me hizo, confiándome el puesto más elevado en la dirección de la enseñanza pública de mi país. Habrá podido faltarme aptitudes é inteligencia, pero no son esas faltas que me sean imputables. Nadie está obligado á dar más de lo que tiene: y yo he dado todo lo que tenía y lo que tengo, sin reservas egoístas ni desfallecimientos cobardes. Alentábame y alientame el convencimiento de que, al hacerlo, cumplo fielmente con los deberes del ciudadano que ama á su país y del hombre que anhela la felicidad y el progreso de la sociedad en que vive.»

El año 1876 había sido nombrado Director de Instrucción Pública, y en 1877 fué de-

signado como Inspector Nacional, en el desempeño de cuyo elevado puesto falleció.

La educación antigua no podía predominar eternamente. Los progresos del siglo, la civilización, el espíritu de la época empujaban á nuevos y más vastos horizontes.

Los pensadores de los países del Plata, que tantas pruebas de cultura demostraron ante propios y extraños, comenzaban á comprender la conveniencia de imprimir otros rumbos al magisterio de la enseñanza; pero vivían en una atmósfera caldeada por el volcán de las pasiones en juego.

Recién emancipados del coloniaje, no podían hacer todo de una vez, aún cuando comprendiesen y significaran públicamente la necesidad de una radical reforma en los programas y métodos de estudio.

El Dr. Florencio Varela, apóstol de la libertad y del pensamiento, cerebro luminoso y equilibrado, decía al respecto en el N.º 134 del *Comercio del Plata* que redactaba en Montevideo durante la memorable Guerra Grande:

«Á todo han aplicado nuestros jóvenes su aventajada inteligencia, menos al estudio de la historia, de la geografía, de los recursos, de los intereses y de las regiones en que han nacido. Tendrían á deshonra ignorar las teorías y sistemas filosóficos de Cousin, no estar al corriente de las últimas palabras que pronunció Lamartine en la tribuna, ignorar algún rasgo de la biografía de Chateaubriand; y no se desdennan en no saber los anales de su patria, de ignorar su geografía y topografía, la variedad y naturaleza de sus producciones, las necesidades de su condición social, y los medios prácticos de acudir á ellas.

«Con pocas excepciones, esa ha sido la dirección que han seguido nuestros jóvenes al aplicar su inteligencia á la adquisición de conocimientos, de que siempre fueron codiciosos; y no es necesario perder tiempo en demostrar cuánto perjudica semejante extravío del camino que conviene seguir.»

El Dr. Varela hace, pues, una pintura exacta de la enseñanza que recibía la juventud de otros tiempos.

Todo se la enseñaba: conocía los hombres y los acontecimientos de otros países, por remoto que ellos fuesen; no ignoraba las ciudades, pueblos y villas del viejo mundo; y sin embargo, ¡oh! sarcasmo!, desconocía los nombres de las más eminentes é ilustres personalidades nacionales, los hechos en que actuaran, sus méritos contraídos para con la nación y la forma en que ésta se hallaba constituida.

Las faltas y desaplicación se corregían empleando castigos corporales.

Digamos lo que sobre esto dice un escritor autorizado, el doctor don Juan Ignacio Gorriti:

«Nada más torpe que el uso, favorito de las escuelas antiguas, de azotar á los discípulos y repartirles palmetazos (1) por cuan-

(1)—Es enteramente prohibido á los maestros, bajo la más seria responsabilidad, imponer castigos corporales ni atrevidos á los discípulos. La infracción de esta

ta friolera ocurría;—esto era indudablemente cómodo para los maestros sin talento: ellos encontraban un arbitrio fácil para ejercitar su humor y hacerse temer, ya que no sabían hacerse amar ni merecían ser respetados; pero para el fin de la educación era perniciosísimo. El temor hace á los niños disimulados, embusteros é hipócritas. El que solo cumple con sus deberes por temor del castigo, no dejará de ultrajarlos cuando pueda hacerlo con seguridad. Lo peor es que los afemina, envilece, y les hace perder la estimación que deben tener de sí mismos; lo que vale tanto como inutilizar sus facultades intelectuales y morales. (*Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos Estados Americanos, y examen de los medios para reprimirlas*, pág. 64).

He conocido á un preceptor de gramática, agregaba el doctor Gorriti, que en Buenos Aires enseñaba con grande reputación por los años de ochenta del siglo precedente, que en una mañana repartió como mil azotes, porque los estudiantes no acertaban á construir la siguiente frase de Quinto Curcio *senex miles* (obra citada, pág. 145):

Es que se tenía por divisa el conocido y brutal lema de que *la letra con sangre entra*.

El maestro, por otra parte, poco precisaba ejercitar su intelecto, y todo el mundo podía ejercer el magisterio, pues los libros eran los verdaderos mentores.

El director de un colegio señalaba las lecciones, y los discípulos tenían que aprenderlas de memoria sin saltar ni una coma. El que así no lo hacía, ó recibía palmetazos, ó iba al encierro, ó quedaba en penitencia.

La inteligencia del niño se atrofiaba de esa manera, y la escuela, en vez de ser mirada por él como la continuación del hogar paterno, era considerada poco menos que como el infierno que nos piñta el Dante.

El educando que no sabía una lección, temeroso de malos tratamientos, optaba por hacer la rabona, ó excusarse de enfermo.

Hoy no sucede lo mismo,—y hasta las criaturas más pequeñas ansian la hora de escuela para concurrir á ella.

Muchas veces se afligen y lloran cuando no pueden asistir por cualquiera circunstancia.

Si viviese Varela, podría vanagloriarse con justa causa del resultado obtenido por su magna obra.

SETENBRINO E. PEREDA.

disposición puede ser causa de la inmediata destitución del maestro, según la gravedad del hecho. Las únicas penas permitidas y de que podrán hacer uso en proporción de la falta, son las siguientes: 1.º La imposición de multas compensables con vales de premio. 2.º Privación de recreo. 3.º Repetición de ciertas tareas escolares. 4.º Ponerlo en pie en lugar separado, por quince ó veinte minutos. 5.º Hacer leer al discípulo en alta voz la máxima moral que hubiese violado, haciéndole en plena clase las reflexiones del caso. 6.º Detención en la escuela después de terminada la clase, dando cuenta á los padres ó tutores, por medio de una escuela que llevará el niño para justificar su tardanza, y sin que esta se prolongue hasta la noche. (Art. 51—Reglamento General para las escuelas públicas del Estado.)

## EL GRITO DE LA CARNE

Amo tu seno palpitante y púber como la tierra la feroz mortaja, como la luna el invisible manto que circunscribe la extensión callada, las marmóreas columnas que sostienen tus rosas encendidas como dalias, rosas ardientes que mi amor ansia con la ansia grande de mi joven alma, rosas sedientas, de púrpuros labios, que al hombre á veces sin sentir lo matan, rosas que empujan á que el hombre hiera con la fuerza viril de las espadas, rosas que triunfan en la lid perversa y enrojecen la albura immaculada, rosas que saben el atroz martirio de la tormenta borrascosa y brava.

¡Oh mujer de mis noches infernales! tú sola puedes devolver mi calma, tú sola puedes infundir aliento para curar mi enfermedad sagrada; tú puedes ¡oh! cicatrizar mi herida que sangre roja á borbotones mana, si depones los besos de tu boca en la misma ponzoña de la llaga; tú puedes, sí, porque tu cuerpo es grande cual son grandes las cuerdas de las arpas, como grande y solemne es el momento en que á la Muerte el Estandarte aclama, como grande, muy grande es el instante que deba decidir una batalla, como grande, muy grande era el momento en que Tarquino su traición tramaba y en que Lucrecia mórbida caía en sus brazos de bronce aprisionada!

Yo no quiero gozar de las tinieblas si resbalan tus rizos por tu espalda, por tu espalda bruniada, que parece un pedazo de nieve modelada; yo no quiero, en la alcoba tenebrosa, las luces de tus ojos como flámulas, que no pueden medir el sufrimiento que corroe las fibras de las almas; no, no quiero la seda de tus rizos, que es tan sólo producto de la fábrica, ni la luz que desprenden tus pupilas, ni el celeste perfume que tú exhalas: dame tu seno palpitante y duro, dame tu carne lujuriosa y santa, y verás que mi pecho se engrandece, y verás que mi arteria se dilata, porque es más grande la deidad desnuda como huérfana flor de la montaña, que todas las promesas de las bocas como palomas de las selvas, castas, porque hay más fuego entre tus duros senos que en un horno, quizás, ó que en la fragua, ¡y más verdad en las torneadas curvas que hasta en la misma comunión sagrada!

Amo la guinda de tus labios rojos como un sol escondido en la montaña, porque yo quiero abandonar en ellos todo el cariño de la bestia humana, porque es la fruta que en mis sueños forjo para calmar mis furibundas ansias, ansias que laten en revuelto oleaje y se azotan también como una oleada dentro mi pecho, que lo noble ahuyenta, como ahuyentan las olas la resaca, como ahuyenta la aurora las tinieblas de tremantes estrellas sañicadas, ¡estrellas que navegan en el cielo y reflejan sus luces en las aguas!

¿Qué mejor paraíso, si permites, aunque caiga después bajo tu garra, que posar mi cabeza dolorida sobre el cutis de cera de tu falda? ¿Qué delicia mejor si con mis besos predispongo mejor lo que te halaga?

si rodeando mis brazos tu cintura de macizas cañeras circundada siento el contacto de tu carne tibia, cual un nido colgado de la rama y en cuyo fondo se anidara un ave por la fronda del bosque cobijada?

Oh! yo quiero saciar mi gran anhelo como anhelo de tierra no surcada, aunque quede cual viejo octogenario sin calor y sin fuerzas y sin savia; he de vencerte, idealidad maldita, cual se vence al platino en una fragua, cual se vence al tirano de la historia traspasando el acero de su malla con el frío puñal de las traiciones, con el frío puñal de las venganzas, que cruzan como flechas asesinas los desiertos amargos de mi alma.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

Buenos Aires, 18. 6.

## FATALIDAD

I

El canto matutino de las aves  
Con melodiosas claves  
Anuncia al labrador tranquilo y fuerte  
Que ya apuntan los tintes de la aurora,  
Dorando con su luz el fértil valle,  
Dnde lozanos surgen  
Los primeros retoños del sembrado,  
Como premio que anhela y avalora  
El corazón del campesino honrado.

Sus párpados el sueño no plegaba  
Cuando el clajá cantaba  
Y la inocente tórtola gemía  
En los frondosos árboles del prado.  
Nó; cuando apenas sonrosaba el día  
Ya un pensamiento de esperanzas lleno  
En su cerebro con tesón latía,  
Trasando un porvenir para sus hijos  
Sobre senderos fijos  
Que en el fondo del alma entreveía.

En medio á esos deliquios paternalés,  
De santo amor señales,  
Que el fuego de una idea siempre aviva,  
Deja el lecho contento y presuroso,  
Y el familiar repo-o.

Interrumpen sus gritos de ¡ja! ¡jarrriba!  
Á trabajar, muchachos, que es la hora;  
Fuera pereza, la estación avanza,  
Vayamos presurosos á la lidia,  
Que tal vez la cosecha de este año  
Complete por demás nuestra esperanza;  
Á trabajar corramos, que ya asoma  
Por la vecina loma

Con su esplendente luz el rey del día;  
Volgmos á dar gracias por los dones  
Que envueltos en sus rayos nos envía.

Ante el sublime toque de esa diana  
Saludan en mañana

Sus hijos soñolientos y ateridos,  
Sin que una queja en el hogar se sienta  
Contra esa lucha, redentora, acaso,  
Que con su azada el labrador sustenta.  
Con un triste pedazo de pan duro,  
Que sus débiles carnes alimenta,  
Se alejan los obreros de aquel nido

Después de haber uncido  
Los dóciles ruminantes al arado;  
Y llegan enervados por el frío,  
Enervación tan sólo de un momento,

Al fértil labradío  
Para seguir el surco del sembrado  
Que debe, en las vertientes de la loma,  
Formar otro plantío.

Trabajan sin cesar; á medio día  
Á hacerles compañía  
Se acerca la consorte del obrero  
Risueña y jadeante,  
Llevando por delante

Los vástagos más chicos del esposo  
Que saludan al padre desde lejos  
Con gritos infantiles de alborozo.  
Se prepara un almuerzo al aire libre  
Sobre una mesa de verdor cubierta,  
Y allí, en tono festivo y bullicioso,  
Cada cual, sobre asuntos muy diversos,  
En aquel amplio comedor, disertar.  
Reanudan la tarea; por la tarde,  
A los rayos de un sol que está muy bajo,  
Rendidos se retiran a la choza  
Donde el encanto rústico reboza  
Para esa pobre gente del trabajo.

Ah! y entre tanto que los hijos juegan  
Ansiosos por la cena y por el lecho,  
El padre, pensativo y cabizbajo,  
Salvando de su esposa la mirada,  
Se siente con su mento avasallada  
Por un hondo y amargo pensamiento.  
— ¡Dios mío! favorece mis afanes,  
Murmura silencioso;  
Mi espíritu de acero no amilanes  
Con tan triste roedor presentimiento.  
Si salvo de este año la cosecha  
La suerte de mis hijos está hecha;  
Si no... — Pronto la cona!  
Con intención marcada  
Grita la esposa diligente y buena...  
Poco tiempo después, en el silencio  
De la medrosa noche,  
Esa gente infeliz duerme rendida,  
Soñando cómo abatan a los hombres  
Los continuos combates de la vida.

II

Noviembre comienza; mil frutos variados  
Se ven en el huerto pujante crecer;  
La esposa, los hijos y el padre extasiados  
Se entregan en brazos de un justo placer.  
El valle y la loma, cubiertos de espigas,  
Dejaron su tinte de fresco verdor;  
Las flores silvestres enlazan amigos  
El huerto y el valle del buen labrador.  
Parece que todo sonrió en su choza;  
Se fueron las horas de amargo pesar;  
Su mente cargada de ensueños reboza;  
El premio del justo por fin va a alcanzar.

III

Reina un calor intenso, sofocante,  
Envuelto en una calma tropical,  
La tormenta anunciada está delante,  
Venciendo con las fuerzas de un atlante  
Las auras del rumor primaveral.  
La mañana despierta; un sol ardiente,  
Sin celajes de cuadro arrobador,  
Cubierto de un vapor rojo y candente,  
Asoma por los límites de oriente  
En su carro de fuego, triunfador.  
Por el norte una nube se levanta  
Más negra que la sombra del dolor;  
¡En su fúnebre ascenso cómo espanta!  
¡Cómo, al paso terrible que adelanta,  
Acrecenta en nosotros el terror!  
Y a medida que avanza por los cielos  
Llenándolos de horrenda obscuridad,  
Ante el fúnebre aspecto de esos velos,  
Aumentan en nosotros los desvelos  
Con momentos de angustia y ausiedad.  
El eco de los truenos se agiganta,  
Dense polvo sacude el aquilón,  
La luz de los relámpagos espanta,  
Y en medio del pavor que nos quebranta  
Se desata en mil furias el ciclón.  
Los árboles sacude impetuoso,  
Desgarrando sus bases sin piedad;  
Y aquel bosque florido y tan frondoso  
Que contemplaba el labrador, dichoso,  
Fue un miraje no más de la verdad.  
Los frutos de su huerta, sus trigales,  
Su vivienda infeliz donde soñó,  
Forjando los más puros ideales,  
Todo aquello, con manos infernales,  
Una Megeira tétrica arrancó.  
Y oculto por las nubes el coloso,  
El autor de tan triste destrucción,  
No presencia el estado doloroso  
De un pobre que ha perdido su reposo,

Su más noble y legítima ambición.  
La tormenta se aleja, disipando  
La negra densidad de su poder;  
El azul de los cielos va asomando,  
Otra vez nuestras almas reaccionando,  
Porque un rayo de Sol se vuelve a ver.

IV

En presencia de un cuadro tan sombrío,  
Aterrado, sin fuerzas, vacilante,  
Mirando a su alrededor negro vacío,  
Se queda el labrador. Ni los lamentos  
De los hijos que tiene allí delante,  
Ni de la triste esposa los acentos,  
Retornan su cerebro a nueva vida.  
Ni vierten en su sér nueva esperanza.  
¡Ay! en su mente fatalmente herida  
El eco de los suyos ya no alcanza.  
Con lágrimas de amor y de ternura  
Consolando a los hijos y al esposo,  
La consorte infeliz, cómo padece!  
¡Cómo ahoga en su pecho generoso  
Del pavor y la pena la tortura!

V

Tras un extenso rato de amargura,  
Vuelven los hijos la mirada al cielo,  
Y encuentran en el Sol, que reaparece,  
Paña sus tiernas almas un consuelo.  
A su vez, aspirando nueva vida,  
Despierta el labrador de su letargo;  
Su mente todavía embrutecida,  
Con la mirada del terror, incierta,  
Contempla, en un intervalo muy largo  
Los destrozos del valle y de la huerta.  
Mira al cielo también, y en él divisa  
La destructora nube que se aleja;  
Y envuelta en el dolor de una sonrisa  
Asomó por sus labios una queja,  
A la cual respondieron, cariñosos,  
Los alegres murmullos de la brisa.  
Se reanimó de nuevo el campesino  
Volviendo por los suyos, que anhelosos  
Veían otro horrendo desenlace  
En las fatales leyes del destino.

Más tarde la esperanza allí renace:  
Labran de nuevo con ardor la tierra,  
Porque si un golpe el corazón aterra  
Y en medio del dolor, los desfallece,  
En cambio, su constancia los escuda,  
Su fe en el porvenir los enaltece,  
Y el Dios de su creencia los ayuda.

NICOLAS N. PIAGGIO.

FLORES ENFERMAS

Tengo alegre la tristeza  
y triste el vino.  
Bequer.

Si en la alta noche callada,  
de luceros coronada,  
te creo sentir y ver,  
¿será tu aliento anhelante  
que refresca mi semblante?...  
Puede ser!

Si al volar mi pensamiento  
muy más ligero que el viento,  
oigo un latido, mujer,  
¿será tu ardiente latido  
que viaja desvanecido?...  
Puede ser!

Si en la alta noche, un lucero  
dice brillando: te quiero;  
recibe mi roscier,  
¿será tu dulce mirada  
desprendiéndose, callada?...  
Puede ser!

Si cuando, farto de calma,  
desciendo al fondo de mi alma  
queriéndote comprender,  
eso, rebelde a mi empeño,  
¿serás tú, querido dueño?...  
Puede ser!

IMITACIÓN

Dos girocos es de vapor  
que del lagogo se levantan,  
y al juntarse allá en el cielo  
forman una nube blanca;  
dos olas que vienen juntas  
a morir sobre una playa,  
y sus átomos se confunden,  
y armoniosos se abrazan;  
dos velas que que unidas hienden  
las ondas al acararadas,  
y al perderse allá en el cielo  
forman una sola mancha;  
chispas de una misma pila;  
rayos de una misma llama;  
signos idénticos de una  
lengua que se la muerte ignorada...  
Eso son nuestras dos almas!

ELLA

He aquí — Más arriba,  
más arriba aún;  
que soy soy la llama  
y el mundo es tu.

ÉL

Era muy tímido y se murió muy joven.  
Su nombre no recuerdo. ¿Se llamaba?...  
En sus ojos azules esplendía  
luz de los cielos y humedad de lágrimas.

Hay almas que en su paso por la tierra  
las quema el hi hiel o las marchita el Sol:  
Bajo la sombra de la inmensa muerte  
puedan un día a florecer en Dios.

BAARTRINA

La pandereta a de mi nimen loco  
agito a veces como desdén profundo;  
contemplo el corazón, desprecio al mundo  
y río... y acanalicio cuanto toco.

BYRON

¿Resignarme! — Jamás — Es un desierto  
mi pobre corazón hecho pedazos.  
Me han atado a al dolor con fuertes lazos  
para dejarme al a sol as con un muerto.

IDOLORA

De muerte herido, un soldado  
al médico respondió:  
— Salvosa. ¿Quién le decía?  
— ¿Quién? — ¡La patria se ha salvado.  
Al poco rato o moría.

ALFREDO ZUVIRIA.  
(IVES).

OCASO

Al descender de la cuesta obscurecida,  
Entrando tembloroso en la penumbra,  
Donde apenas, al legamo, se vislumbra  
Un sepulcro quea, tétrico, intimidado,

Llega triste el invierno de la vida,  
Con las tardes que el misero columbra,  
Extendiendo su nube que deslumbra  
En la débil cabeza enviejada.

Un Sol crepuscular, siempre sereno,  
Ilumina sonriendo la existencia  
Del que luchó, valiente, como bueno.

El que cubrió de sombras su conciencia  
Oye el fragor insólito del trueno  
Bramar, cerca, como la brida violencia.

José SALGADO.

EL CANTO DEL LANCERO

Partido de los libres, si en tu seno  
Aun el recuerdo de tus glorias late,  
Lanzate altivo al varonil combate,  
A la hecatombe de la espuria grey;  
Purpura en sangre pretoriana el manto  
Flordelizado por un tiempo heroico,  
Y el oprimido semi-Dios estoico,  
El pueblo-esclavo, será un pueblo-rey.

Sé la trágica mano que con letras  
Como espectros con tónicas de fuego,  
Petrifique el orgiástico insosiego  
Que alimenta el hampesco Baltazar.  
La guerra, esa esperanza de los pueblos  
Que laboran en su odio vengadores,  
Suelta ya sus oleadas de furios  
Y se convierte en impetuoso mar.

La guerra, como un himno gladiatorio  
Que en un rojizo resplandor ondula,  
Al patriotismo que el terror coagula,  
Ya imprime acelerada ebullición.  
¡Ah! si ella triunfa, concluirá la noche:  
Para el pueblo que se alza redimido,  
Es la sangre de un déspota vencido  
Un torrente de luz de la razón.

La guerra, como un águila de llamas,  
En una inmensa agitación sonora,  
Hiriendo sombras, como rósea aurora,  
Ya surgió de entre el duelo popular;  
Es el rayo de vivos resplandores  
Que a la bruma del llanto derramado  
Por un mártir, un pueblo aherrojado,  
En sangriento, arrebol ha de tornar.

La lucha ya es terrible; a nuestra patria  
Diluvios de cadáveres anegan,  
Parece un Josafat a donde llegan  
Avances de purpura inundación;  
Y las banderas, destellando glorias,  
Al flotar sobre el campo desplegadas,  
Imitan las siniestras llamaradas  
De una tierra en volcánica erupción.

Como un pirata sobre un mar de muertos,  
Cada bravo en sus iras aparece,  
Y al galopar cada bridón parece  
Que se va al cielo a conquistar a Dios.  
Seguidme, hermanos; esa lucha es santa;  
El laurel de los héroes nos espera...  
¡Una lanza, una lanza! ¡una bandera!  
Venid, marchemos de la gloria en pos!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

UN TIPO SOCIAL

EL DIFAMADOR

Hay en el seno social muchos tipos característicos formados de una sola pieza. A unos hay que buscarlos; con los otros se tropieza, por desgracia, a cada instante.

Los primeros son muchos héroes del bien, ignorados de la muchedumbre laberintica y bulliciosa. Los segundos se exhiben en toda la desnudez de su cuerpo, con toda la deformidad de su espíritu, y son los héroes de ruindades inútiles ó de maldades fraguadas con toda conciencia; por lo cual no cuesta gran esfuerzo dar con ellos.

Calándome las lentes de una observación mediana, quiero hablar de los últimos, de esos seres como leproso que andan viviendo la vida diaria de difamación.

¿Existe en la vida social un tipo bien acentuado del difamador? Es una verdad de

á folio que todo el mundo sazona sus conversaciones con la sal de la murmuración, de esa murmuración que se derrama como deleite supremo aderezado con el arte de la sátira; de esa murmuración hija de la humana especie y propia de sus errores é imperfecciones, que es como corriente de simpatía que pone en comunicación los espíritus del animal sociable.

Todo el mundo es murmurador, es crítico incipiente que caricatura por hábito que arraiga desde la cuna, a la manera de un portentoso conductor de sensaciones que se suceden por la maravillosa ley de herencia. Pero no todo el mundo es difamador. Hay un abismo desde aquel sentimiento vulgar y hecho general, hasta ese hábito que es excepción y esa deformidad que es individual.

Lisa y llana murmuración es una cosa. Difamación permanente es otra. Aquélla es costumbre colectiva. La última es particularismo íntimo.

Una es pulcra. La otra es indecente. Hay, sí, un tipo del difamador, dispensador de honras.

Míradle: allí se acerca. Míradle cómo está pagado de sí mismo, no obstante su inteligencia nula y su actividad eunuca.

Acercas más aún a la obra maestra de la difamación colectiva; porque su exclusiva ocupación es tender al aire libre ó al viento social las reputaciones que pesa y mide con arreglo a su criterio despótico, voluntarioso, displicente.

Examinad con alguna detención y con un estudio sin ingenio ese libelo difamatorio de carne y hueso que viene murmurando periódicamente con toda su caricaturesca figura.

Deteneos, y analizad esa sonrisa, que es el sello saliente de su espíritu pervertido, ávido de pláticas insulsas y malvadas. Míradle cómo viene rodeado de aduadores vanos que le prestan oídos y van a agrandar, si es posible, la bola de nieve que él prepara.

El libelo tiene la palabra: no ha menester de pasquines redactados, para expresar su pensamiento; su lengua procaz es más consistente, más eterna y más convincente, con ribetes de elocuencia de barricada. Tampoco ha menester de esconderse bajo un pseudónimo: es más valiente, y se diferencia del anónimo del libelista pasquín en que reconoce su obra y la propaga como un misionero persuasivo y convencido a todos los vientos de la publicidad verbal.

¡Qué maravillosa perversión! ¡Qué tipo digno de ser descripto!

Jamás el ojo humano ha contemplado formas tan degradantes como en el espíritu culto de un difamador.

Su inteligencia no es sino una mnemotecnica de chismes desacreditando reputaciones. Es de su espíritu nativo hablar en contra de su prójimo. Tiene un temperamento sereno, con lineamientos de magistrado, que denuncia, en las mil formas que adoptan su fisonomía y sus gestos, el estudio continuado que está haciendo de la naturaleza del hombre social.

Ningún hombre es bueno en su concepto, ninguno virtuoso, y todos son reos de

algún delito que pasa filtrado por el tamiz de su crítica.

Catón, censor a su manera, es como la ramera vergonzante que anda a casa de intrigas para escandalizar con tonos más fuertes el turgurio.

Es un pincel en actividad permanente. Es su estilo vivo, nervioso, apasionado, y oculta en el fondo la conciencia y la serenidad del mal.

Es la pintura al fresco de una época, de un acontecimiento, de un medio social cualquiera.

Causa estupor el espíritu analítico de que está poseído.

Su locura es la sabiduría. El difamador es también pedante: Todo lo sabe. Es crítico universal: todo lo juzga.

Asombra tanto su análisis de cosas mundanas, hecho de momento a momento, que obliga a meditar sobre si esa prédica no estará acorde con una misión redentora, y á figurarse que ese Maquiavelo de cartón sea el hombre de la ciencia infusa.

Pero la duda se desvanece bien pronto. Es materialmente imposible que el fondo del difamador no sea un fondo de maldad, maldad intrínseca y profunda.

Si el difamador es malo, malísimo. Su jerga ambulante y sonora no es sino envidia que á derramarse sale de su organismo, lleno de malezas, para aliviarse de la pesada carga de maldades que sustenta.

Fotografiad el rostro: los contornos de su fisonomía de pergamino, arrugada á fuerza de pandertería y desdén, están revelando las palpitaciones de la envidia. Ésta se revela aún en sinuosidades que se contraen al difamar y que constituyen el claro-oscuro de los grandes, aunque indecisos, contornos de su espíritu.

El difamador tampoco es honrado. Ejemplos elocuentes de ello son las lenguas negras de los libelistas difamadores de Sócrates. Eran: Jarrión, el tracio vendido á los persas, el infiel y el ladrón; Castrotes, el eunuco; y Calvonte y Jarmillas, que editaron el libelo y lucraron con la vergüenza.

Hay muchos difamadores y de muchas especies. Todos son perdonables, menos el difamador social y el dispensador de honras.

Ése está proscrito de los Banquetes de Jenofonte y Platón. — Si Diógenes le conociera, jamás le llamaría hombre.

El difamador no vive solo, y sí acompañado en solidaria vida.

A la obra del difamador también aportan su concurso: la mujer que se complace en colgar honras y reputaciones de improvisadas é implacables horcas, con sus ligerezas sin cuento; y las pasiones de lo canallesco masculino que se agitan en el fondo del vaso de la embriaguez, cual ramerías ennegrecidas por el roce diario de todas las carnes.

El estado crónico del difamador es la cólera mezclada con envidia que rugen en su fondo, como un torrente de bilis, y hacen surgir la venganza y la rabia, exteriorizadas en inmensos escupifajos, de impetus violentos, de apasionadas espumas.

Y la calumnia es la trompeta de este artista que ultraja, vocifera y asesina cien

reputaciones en un día, sin darse un solo instante de reposo.

Si sus agravios son fulminantes, sus venganzas son unas como cóleras borgianas que conciben y engendran los sentimientos más nefandos.

Las ciudades pequeñas, los pueblos y las aldeas contemplan con horror este genio de maleficios.

Al salir de su hogar, los habitantes sienten cual si fueran tocados por enorme vaho de vapor su influencia, y adquieren a su contacto algo de miseria y de pesimismo insocial.

En aquellos pueblos, todas las pasiones se moldean como en un vago bloc de yeso, estallan las bilis de las vulgaridades y surgen las ideas de lo inhumano, de lo repugnante y de lo feo.

El difamador se exhibe en público y en todas las reuniones con un aplomo irresistible.

En el café, difama con más misterio y con la voz más apagada, como si fuera una importante confidencia, poniendo de relieve los defectos menos salientes de sus propios amigos.

En el hogar hiere con un incisivo aguijón, que ridiculiza tenazmente, y saca a colación todas las incorrecciones y sentimientos que han tenido cabida en la impulsión de una conducta, analizándolo todo y bajo todos sus aspectos, como si actuara en un vasto laboratorio de filosofía ó de historia.

El difamador, á las veces, suele tener un vicio más. El difamador se embriaga. La embriaguez es un estado armónico con la difamación. Es entonces, en medio á esos acicates que producen los grandes escándalos de la fiera humana, un arquetipo de impudencia, rebasando las fronteras de la maldad.

Tigres feroces, no sienten que un soplo divino de bondades infinitas y de sentimientos humanos se cierne sobre esa propaganda libelista, que cincela y esculpe las deformidades, las excepciones y las repugnancias.

Eunoco ignorante, ladrón de Jarrión, mundo Castrotos del Serrallo, no sabe que un puñal más filoso que el suyo—el que esgrime la gente honesta—está pendiente de su cabeza, como aquella espada de Damocles para anonadar su vocero y sus vendettas y consumir esa su obra incrustada de negruras y de abismos.

Á esa pasión demoníaca, personalísima á la par que colectiva, que destila sangre y veneno, sólo puede suceder con el progreso de los tiempos, el dominio absoluto de la sátira,—hija de la murmuración—que sólo producirá voluptuosidades.

ATILO C. BRIGNOLE.

Salto.

## FIDELA

Su carne espira virginal frescura,  
Y el sensualismo hasta en su voz palpita;  
Es la Cleopatra que en febril locura  
A un nuevo César, mi pasión, excita.

Así la quiero yo: brutal, ardiente,  
Como Eva en el momento en que sentía  
Delirios de placer, y febricitante  
Con la boca de Adán su boca unía.

Y es, cuando ingrata mi pasión desdén,  
Cual selva henchida de armonías suaves,  
Selva que espigas por doquier enseña,  
Y nos encanta con gorjeos de aves.

Sus rojos labios al cerrarse imitan  
La boca de la Esfinge del Pecado:  
El calor de unos besos necesitan  
Para abrirse en un grito apasionado!

En el lecho del vicio, temblorosa,  
Cuando se entrega á mi pasión vehementemente,  
Parece una rosada mariposa  
Que se desmaya en su risueño oriente!

Y entonces sus pupilas, como estrellas  
En columpios de luz adornecidas,  
Parece que formaran dos centellas  
De una nube de ensueños desprendidas!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

## HOJAS DE MI CARTERA

### ENSUEÑOS

«Llevas mi corazón. . .» —te susurraba la brisa, los ecos del mar así te hablaban, las estrellas pálidas te lo decían en cada parpadeo.

Y cuando las sombras se unieron en legiones, y en las aguas sólo quedó una estela, estela de luz, sentí en el alma como un ocaso frío, sin destellos, lleno de brumas y de tristezas, que destilaba negruras y hacía humedecer los párpados en profundo desconsuelo. Sentí frío. Algo como el frío del naufragio que en la inmensidad no divisa un madero; algo como el estremecimiento de terror y de pánico del viajero que cree alcanzar un oasis, y ve que es un miraje engañoso; algo como el anonadamiento del condenado á perecer en el infamante patíbulo. . .

Ah! y la eterna noche, implacable, terrible, ha tendido sus alas sobre mi frente. La aurora con sus fulgores de diamantes no besa mis sienas. El pájaro no entona sus poemas azules. Las flores están sin perfumes. La primavera se ha evaporado como si las brisas del polo y las nieblas del norte hubieran triunfado del cielo puro, del hálito embriagante y de las harmonías divinas.

Es que el recuerdo vibra. Así vibra por largo rato en las inmensas bóvedas de los templos, el cántico sagrado que desciende de las alturas. Así satura, penetra, envuelve el incienso con que se vela la faz celeste de las vírgenes immaculadas. Así vive y palpita el eco de felicidades que han pasado. . . «Llenas mi corazón. . .» —gemía una voz, y gemiré, pues, siempre. . .

Ah! he visto una flor marchitarse fuera de su tallo; la he visto morir, morir abandonada sin el ósculo del cielo. ¿Mi alma no tendrá un rayo del gran astro? No encontrará dulzuras? . . .

. . . Sí. En las soledades, en las melancólicas noches, un rumor, como un vagido, me lo ha dicho.

El hado de flechas de oro rodea mi cabeza como con luminosa corona,—la corona de la esperanza, de la esperanza que es roba, que es claridad, que es ensueño raudo. . .

MANUEL M. OLIVER.

Buenos Aires.

## El primer beso

(RECUERDOS DE ANTAÑO)

A mi amigo Santiago I. Agustini.

Era en la época de las primeras chifluras amorosas, cuando se abandona el juego de las bolitas y la rayuela por otros al parecer más serios y más en armonía con la juventud, que viene á paso de gigante á traernos nuevas aspiraciones, á darnos nuevos vuelos á nuestra imaginación, á quitaros la ingenua sonrisa que cabrillea en nuestro rostro todavía virgen de varoniles pelos y á darnos gravedad y tiesura dignos de un pavo real ofendido.

Era en la edad en que comenzamos á cuidar celosamente la indumentaria personal y á no dejar negras ni por un solo instante las uñas; era en la época del peinado con ya al medio y el cabello caído hasta la nariz á manera de velo de un santuario.

En esa edad intermedia entre la niñez y la juventud, cuando entramos en la vida con todo el velamen de la curiosidad desplegado, es que contámc á nuestros compañeros de colegio, el infatigable viajecito á Europa realizado por nosotros «cuando éramos ricos», cacerías hechas por nuestros papás y anécdotas imposibles sucedidas á nuestros hermanos y aun á nosotros mismos. Resultando luego que el viajecito de marras fué aprendido en los libritos de fotografías europeas que llevan el epígrafe de «Souvenirs» de París ó de Londres; la cacería oía contar á algún anciano en el corrillo nocturno del café, al cual corrillo nos colábamose y rondon; y las anécdotas sucedidas á nuestros hermanos y exornadas al narrarlas con un juramento feroz: «que me caiga muerto, ó que me parta un rayo, si no es cierto», tenían por cuna el Almanaque del Siglo ó el Album de la Risa.

Era en la edad de las grandes ilusiones novelescas, en que deseamos ser caballeros de lanza en ristre, adarga, partesana, maza y otros dimes por el estilo, y en la que deseáramos ser unos Robinsones excluidos del mundoy abandonados en una isleta encantadora, con todo lo necesario para alimentar nuestra desgracia y con todo un arsenal para defender nuestra personita de los ataques de los indios y las fieras, hasta que la Divina Providencia envíe á Robinson un barco para irse á Europa á renovar provi-

siones y traerse unos colonos mansos y que no sean muy salvajes, para que no se devoren á las fieras y le quiten á la isla su principal encanto.

En fin, era en la etapa de la vida en que miramos con desprecio los botines con herrajes bronceados en las puntas, en que odiamos el pantalón corto y la media larga, y en la que nos imaginamos que á cada vuelta de esquina ha de salirnos al paso el enemigo *tartarinesco* que existe en toda cabeza juvenil exaltada.

En aquella edad dichosa que se va alejando cada vez más y ocultándose tras las brumas del olvido, en aquella edad feliz, mezcla de canor, tontería, inocencia. . . y apetito, vegetaba yo en un hermoso pueblo del litoral uruguayo. Había abandonado ya el triciclo por considerarlo vergonzoso dada mi incipiente juventud y deseaba una elegante bicicleta norte-americana, porque según me habían dicho la usaban en la ciudad los jóvenes distinguidos. . . y los tenderos, en día domingo.

Frente á mi casa habitaba la más linda morochita del pueblo, la que ya había cambiado la pollera corta que dejara ver las gruesas pantorrillas—admiración de los viejos verdes y jóvenes calaveras de la localidad,—por otra más larga que casi le cubría el encantador piecicito.

La edad de la pubertad había desarrollado los senos, redondeado las caderas y sombreado el labio superior con obscuro vello; mensajero anunciador de la edad de las primeras pasiones de mujer, rodeando casi sus ojos de una penumbra que hacía más atrevida su límpida mirada. Gruesas trenzas de cabello castaño se enroscaban sobre su gentil cabeza. Color mate era el de su tez, y su boquita roja, muy roja, encerraba unos dientesecios de ratón.

Su papá, que era comerciante, tenía que ser forzosamente un bruto en toda la extensión de la palabra, aunque *muy honrado* (las personas *brutas* por lo general son *muy honradas*). Teníame ojerriza, quizá por mi aspecto enclenque y algo afeminado, ó quizá porque adivinara que en mi corazón de nequetrefe las primeras palpitaciones amorosas originadas por los encantos de su hija habían comenzado á darme de pataditas.

Á la hora en que según mis cálculos Laurita había vuelto del colegio, sentábame en un ancho sillón de paja que estaba en el zaguán de mi casa, apoyaba los pies en un alto taburete, colocaba sobre mis rodillas un grueso volumen («El Mundo Ilustrado» las más veces), y mientras leía emocionado dejando caer sobre sus hojas gruesos lagrimones que me arrancaba la crueldad de don Antonio de Padua con las infamias que *yacen* en su novela «Madre mía», esperaba el ansiado momento en que Laurita abría la puerta del zaguán de su casa y aparecía en el umbral de ella.

Aquellos nacientes amoríos me tenían á mal traer, pues en mi afán de ser visto por Laurita descuidaba los deberes del colegio que luego se transformaban en penitencias y en la obligación de llenar planas estúpidas que me hacían pasar las noches en vilo, renegando de mis amores, del maestro y de

las palabritas «*El niño que no estudia no será un buen ciudadano*» que me habían tocado en suerte para escribirlas unas dos mil veces. . .

Una noche, después de maduras reflexiones, me resolví á dar el primer paso á la senda florida del amor, iniciando mis dragoneos delante de la casa de Laura.

Es indudable que mis pasos debieron resonar en lo más hondo del corazón de Laurita, porque á poco andar abrióse directamente la puerta del zaguán y apareció en el umbral la linda figura de la *dulce enemiga* que había robado mi corazón.

Apenas la vi,—oh momento inolvidable en los anales de mi vida!—subíome al rostro un ardor inexplicable. En las piernas un temblorcillo, ó más bien una vibración rarísima me impedía seguir andando.

Eché mano torpemente al sombrero é hice el saludo de práctica casi sin mirarla, mascullando un *para servir á Vd.*, y seguí andando en lugar de detenerme cual era mi intención primera.

Al poco rato, vuelta á lo mismo: al llegar casi frente á ella acometiome súbito temor y me alejé nuevamente.

Grave era el trance para un principiante en tales cosas, y por este arte seguí pasando varias veces mientras ideaba una formal declaración amorosa, hasta que habiéndome dado valor la soledad de la calle plantéme de golpe ante Laurita que me esperaba complaciente y risueña, y. . . lector amigo, creo que á ti te habrá sucedido esto mismo alguna vez en la vida. . . Olvidarte del discurso preparado, tender la mano silenciosamente, mirarla con la fijeza de un criminal y al cabo de un rato balbucear un tímido «Vd. me disculpará si yo me he tomado el atrevimiento. . .» ó «Vd. me permitirá que yo. . .» etc., etc. Luego, preguntarle por la mamá, el papá, etc., etc. y «¡qué calor hace!» y «si llovió ó dejó de llover el jueves por la noche durante la retreta», y «¡por qué no fué Vd. al muelle el domingo?», y así por este tenor, hasta el momento en que ella os dice recatadamente un «bueno, hasta mañana?» al que contestamos: «¿Á qué hora?» . . . y ella, ceremoniosa: «La que Vd. guste»; «¿Á las ocho?» «Sí. . . apenas haya salido papá para el café.» Después, un apretón de manos, una mirada asesina que dice más que una Oda heroica, un adiós, y hé aquí que sin haberos dicho nada que oñera á amores, quedáis comprometido y considerado novio con todas las atribuciones y deberes de tal.

Y desde ese día no tuve más sosiego. Mi afán era el de que llegara cuanto antes la hora de conversar con Laura para tenderla el ramito de jazmines con un pimpollo de rosa en el medio, decirle cuatro tonterías, é insultarce, y retirarme tan campante para hacer lo mismo al siguiente día.

Mis ahorrillos, colocados dentro de un alcancía hecha con una caja de lata que antes había contenido dulce, mermaban cada día más, pues los invertía en regalos que á mi entender eran el *non plus ultra* de la elegancia y el *summu* de mi galantería cerril.

Ved ejemplos de algunos: pañuelitos de cuatro céntimos con mis iniciales ó las de ella, confites de almendra, ojaldres, alfajores

y merengues, cartuchos con suerte de papel transparente, verde ó rosado, algún prendedor mamarracho de latón dorado, y uno que otro frasquito de esencia de bergamota ó limón preparada en la botica y comprada á vil precio.

Algo debió pasar por mis entretelas, porque un día, tras de muchos subterfugios, fingimientos y cortedades hube de pedirle un beso, el cual beso no arribó á mis mejillas porque la esquiva negóse rotundamente á darme y á recibirlo; valiéndose de mil excusas capciosas tales como: «Es muy pronto todavía»; «¿si lo supiera mi mamá?» y «Que nos podrían ver!» y «que después sí, pero ahora no» excusas que hacían avivarse más mis deseos.

Quedéme como quien hubiera recibido un mazazo en medio del cráneo, ante una negativa que francamente no esperaba. ¡Teníame por tan irresistible en aquel entonces! Tras breves instantes retiréme avergonzado y enfufurrñado, quedándose ella un si es no es cariacontecida y pesarosa de haberme causado un disgusto.

Varios días permanecí sin aparecer por lo de mi *chica*, hasta que cierta noche resolví volver al redil del cual había huído, y apenas estuve delante de Laura comencé á exponer un curso completo de moral sobre los deberes ineludibles de los novios y sobre la reciprocidad de atenciones que se debían, concluyendo con un arranque conmovedor y lastimoso que terminó en un profundísimo suspiro en *la menor*, acompañado de varios movimientos, como de batusa, vagos y embarazosos.

—Que no y que no!

—Pero ¿por qué Laurita?

—¡Porque ya he dicho que no!

«Ordiga, la borrica, tiene sabañones,» que Pereda, y yo *actualmente*, diríamos.

Inútiles fueron mis tentativas y mis razones; la niña se había dispuesto á no darme, obediendo seguramente á su terquedad ingénita, porque á traducirse en hechos sus deseos, creo yo que, no un beso, sino mil hubiérame dado.

En estos lances estábamos cuando nuestras familias cambiaron sus primeras visitas semanales de cortesía campera hasta que la intimidad se estableció entre ellas; y, como la distancia entre nuestras casas era poca, de semanales tornáronse pronto en diarias.

Á estas visitas familiares Laurita no faltaba nunca, y yo menos. Alguna que otra vez Laura y yo nos mezclábamose en los juegos de las chiquilinas, pero, eso sí, guardando la compostura y seriedad que nuestro papel de enamorados requería, si bien de cuando en cuando nuestras manos se encontraban entre el revoltijo de alguna rueda infantil y nuestros rostros se rosaban á veces, al decirme ella el castigo que me correspondía en el juego de prendas.

Pero mis esfuerzos para obtener el maldito beso fueron inútiles. Pedíasele yo con mucha parsimonia y empleando toda la elocuencia y convencimiento de que era capaz é inmediatamente de jovial y placentera tornábase hosca é indiferente.

Sulfurábase mi personita, y ella. . . ni caso de mi enojo! Volvíame grosero y brusco

en mis juegos y dichos, y ella...dale que dale, terne que terne, como si oyera llover...

Por fin, cansados los dos, yo de insistir en lo mismo y ella de porfiar en lo propio, abandonábamos a los chiquillos y nos íbamos al comedor donde nuestras respectivas mamás hacían *crochet* ó cortaban alguna falda inglesa, tijereteando de paso á cuanta vecina cursi ó antipática caía, dentro del alcance de su lengua, hasta que sonaban las once y terminaba la visita.

El amor en mí había desarrollado vehementísimas aficiones a la literatura. No sólo dirigía á Laurita cartas incendiarias con tratamiento de *vos* é ingertando luengas y bárbaras tiradas poéticas de factura mía, ó de otros fardos de mi calaña, sino que también me había lanzado de un vuelo á lo más empingorotado y sublime del género dramático, llegando á *cometer* una tragedia, de lo más pavoroso y truculento que es dado imaginar.

Nunca pude saber con seguridad si de resultados de la lectura que hice de la sobredicha tragedia ante un público sensible y asombrado, en la sala de mi casa, ó á consecuencia de un paseo que hice con varios camaradas, hube de caer enfermo de tifus.

Alarmóse el pueblo entero, que temió perder su naciente poeta; alarmáronse las futuras madres de familia, que veían en mí un excelente candidato á marido, alarmáronse mis amigos, y alarmáronse, más que nadie, Laurita y su mamá, que se constituyeron en casa para ayudar á mi madre en los afanes que mi enfermedad le ocasionaba.

Era de verse la jovialidad y frescura que esparcía á su alrededor la linda Laurita, que, con solicitud maternal, ya me alcanzaba la taza de caldo que yo bebía á pequeños sorbos... mientras la pellicaba los rollizos brazos ó la decía picarescas cosas, ya me daba el remedio que yo me hacía el remolón para tomar, ya me arreglaba las almohadas ó cariñosamente me arropaba.

Con su rosado pañuelito de seda en la cabeza, con su delantal blanco, con su hermosa fisonomía siempre iluminada por una candorosa sonrisa, con sus ojos vivaces y fogosos, tan lozana y frescota, y siempre cantando encantadoras *vidalitas*, enaurárame aun más de lo que estaba.

Me adormecía el arrullo de sus canciones, permaneciendo aletargado en esa vaguedad deliciosa, intermediaria entre la vigilia y el sueño; y la muy taimada, creyendo que todo era mimo y regalería, me despertaba con sus carcajadas, diciéndome «zorro y farsantón», mientras me amenazaba con su mano de muñeca.

Una calurosa noche en que yo había caído en una profunda postración y agotado mi paciencia contando y recontando más de mil veces durante el día los dibujos de la pared de la alcoba; una noche pesada y triste en que el más insignificante ruido me parecía ensordecedor, en que mi nerviosidad estaba en la más espantosa tensión, en que una alucinación rarísima me hacía ver fantasmas deformes que martillaban en prodigioso yunque, sentí que una mano liviana y fresca se posaba en mi frente.

Huyeron los fantasmas ocultándose allá

en un fondo de brumas, cesó el martilleo de herrería, abrí los ojos buscando las facciones de la dueña de aquella mano tan bienhechora, pero fué en vano, porque la obscuridad era profunda. Secreto instinto me reveló, sin embargo, que era Laurita la que así me acariciaba.

Entonces cerré los ojos, y volviendo la cabeza hacia el lado en que sentía su respiración suave, le dije en voz muy baja y pausada: «Ahora, Laurita... ahora... ¿no me darás el beso?» Ella quitó precipitadamente la mano que tenía colocada en mi frente, pero reponiéndose en seguida adviné que se inclinó sobre mi cabeza que yacía hundida en la almohada, puso sus dos manos en mi rostro ardoroso... y sobre mis labios sentí un dulce hálito... Después oí que se alejaba y me quedé dormido.

Pasó la gravedad de mi enfermedad, y con ella se fueron los insomnios y delirios que me martirizaban tanto, y arribé con el mayor contento imaginable á la feliz convalescencia, en que todo es lindo, en que todo es nuevo y todo parece contribuir á nuestra felicidad.

Pero siempre quedóme la duda de si me había besado ó no Laurita.

¿Será verdad ó no lo del beso?

Estos pensamientos me tenían preocupado, y les daba mil vueltas en mi cerebro, sin arribar á una conclusión satisfactoria.

Varias veces estuve á punto de preguntárselo, pero ella estaba siempre tan indiferente y placentera que el temor de disgustarla me impedía el hacerlo.

Al poco tiempo de mi curación, Laurita fué con su familia á pasar la semana santa en casa de unas primas que habitaban en un pueblo vecino.

Varias cartas más reprochándole la falta de cumplimiento á la promesa que de escribirme habíame hecho, fueron interceptadas, según supe después, por manos paternales.

Así y con todo, cuando menos lo esperaba se desplomó sobre mí la fatal nueva de que Laura... ¡horror! de que Laura... ¡Ah Dios mío, perjurá!... ¡ingrata!... y otras cosas más que no digo, habíase casado con un almacenero muy rico, que por lo menos podía ser su *bisabuelo*.

Lloré y hasta creo que hablé de suicidarme, pero no lo hice (ya se ve)... «porque la prudencia en mí fué siempre poderosa.»

Pasó mucho tiempo, y el recuerdo de Laura habíase casi borrado de mi memoria; pues la misma indignación que me causó su felonía, á hacérmelo olvidar conspiraba, cuando un buen día se me aproximaron misteriosamente el muy socarrón de Julián Pérez y el muy tunante de Alfredo García (mis amigos), y después de muchos preámbulos me espetan esta asombrosa y espantable noticia:

—Ella está ¿quá!

—¿Quién?—dije dando un brinco—¿Laura?

No me dejaron concluir, y á dúo exclamaron:

«Eso es, la misma! con el cernícalo de su marido.»

Me despedí de ellos al punto.

Renació en mí, en un instante, el cariño que la había tenido. Mil ideas á cual

más estafalaria y tonta se me ocurrieron.

Primera: engañar al pedazo de atún que se creía estúpidamente ser amado por una niña tan espiritual como era Laura.

Segunda: ejecutar un rapto, eso es, un rapto... pero me detuvo aquí un pensamiento:

¿Me querría ella todavía?

Y me contestaba mi propia pedantería de enamorado infantil con una afirmación incondicional.

Llegué á mi casa mustio y cabizbajo y miré á la de enfrente. Allí había habitado la familia de ella; ahora vivía más lejos.

La vista de aquel zaguán me recordó felices momentos pasados y me produjo un dolor profundo. La amaba mucho... ¡Ingrata, perjura!... y otras cosas más que no digo!

Entré en mi habitación, la misma en que había pasado mi enfermedad, la misma donde Laura me había cuidado con tanto cariño, la misma donde una noche realizó acaso mi deseo... .

Acicalé con mucho cuidado mi persona, me puse la corbata reservada para las grandes ocasiones, lustré con ahinco los botines, me cepillé la ropa detenidamente y coloqué en el ojal de mi americana un ramo de jazmines que en caso necesario daría á Laura para iniciar el plan que había ideado.

Todo me sonreía, todo me causaba alborozo. Estaba más tierno que una pera de agua... La iba á ver!

Ya me figuraba su gratísima sorpresa al reconocer en mí á su antiguo novio, á su primer amor, á su... ¡jem! ¡jem!... ¿quién se atrevería á precisar lo que podría ser yo para ella-todavía?

Ante todo, Laura me recibiría amabilísimamente, me estrecharía la mano; y yo, tras pasado de emoción, le tendería el ramo silenciosamente, y vendrían las explicaciones, y, al poco rato de conversación, ella me diría vencida: «Entra... mi esposo no está... ¡es tan estúpido!»—y yo entraría... entraría...

En estas y otras cavilaciones habíame engolfado, cuando héte aquí que me hallé frente á la casa de Laura.

Casi al mismo tiempo, salió á la puerta una señorita elegantemente vestida. Era ella.

Pude advertir que en dos años que no la veía había cambiado mucho su físico.

—Ella!—y me lancé apresuradamente á saludarla; pero acorté el paso luego que hube visto, dentro del zaguán, un hombre de arrogante presencia y formidables bigotazos.

—El marido!—me dije—y pasé de largo, saludando con toda la elegancia de que fui capaz.

Miróme con indiferencia. Ah! la ingrata no me reconocía! Inclinó apenas la cabeza y dijo en voz alta:—Pero Ramón!... apresúrate, alcánzame el abanico... .

Perdóneme los Ramones habidos y por haber! Aquel nombre me oíó á tienda de ultramarinos y confirmó mis sospechas respecto á la estolidez de mi afortunado rival.

Detúveme en la esquina completamente desconcertado; pero aun se me ocurrió pen-

sar: «Puede ser que ese pedido haya sido un pretexto para alejarlo.» Podía ser cierto, porque la segunda vez que pasé estaba sola. Y aquella vez me atreví.

Le tendía ya el ramo con toda corrección y finura, cuando ella, comprendiendo mi criminal intención, dióme la espalda y se entró en el zaguán, asestándome desde allí este golpecito de puntilla: «¡Atrevidos los mosquitos de campaña!»

¿A mí con esas? ¡Y yo que había creído!... Pero esa infame no tenía nombre!

Enrojé, saltáronseme las lágrimas, hice trizas el ramo, lo pisoteé y huí avergonzado.

—Pero ¿aquella Laura era la misma que me había besado *in illo tempore*?

Y ¿me había besado realmente? Sólo entonces me asaltó una duda cruel: ¿No sería la sirvienta?...

Entré en casa, me precipité á la cocina, agarré por un brazo a la criada, y, después que la hube zamarreado, le pregunté con voz cavernosa:

—¿Fuiste tú... la que me dió un beso, una noche, cuando yo estaba enfermo?

Algo terrible habría en mi mirada, porque ella ruborosa y balbuceante me contestó:

—Sí, sí... fui yo.—Lo quería á V. tanto! Horror! Una vulgar sirvienta profanar con sus impuros labios la castidad de mi sonrosada boca!

La iba á matar... Pero era ella tan buena moza, tal brillo tentador tenían sus ojos, tan roja era su boquita, tan tersa era su piel, tan frescotas, tan redondeadas sus carnes... y luego me quería tanto... que fui magnánimo:—la perdoné, y me dejé *profanar* por segunda vez... .

OTTO MIGUEL CIONE.

## MEDICINA LEGAL

Cap. 222. (APUNTES DE CLASE)  
(Continuación)

Hay otros signos más ó menos ciertos como son la rigidez cadavérica; la falta de contracción bajo el influjo de la corriente galvánica; la falta de respiración, comprobada por un espejo que se coloca delante de la boca, con el objeto de observar si se empaña ó no, ó por una vela encendida que oscilará si el individuo está vivo; y la putrefacción.

La putrefacción es el signo más evidente, pero tiene el inconveniente de presentarse después de algunas horas y variar además según las circunstancias, las estaciones, el temperamento, la clase de enfermedad, etc. Así hay cadáveres que se descomponen á las 8 horas, otros á las 10, 20, 30, etc. En los casos de duda no hay inconveniente en retardar la inhumación. El término de 24 horas es suficiente, y puede disminuirse en caso de descomposiciones rápidas, como retardarse en caso que á las 24 horas no se manifiesten síntomas de esa naturaleza.

2.ª Cuestión. *Dado un muerto, buscar la causa de la muerte.*—En esta cuestión no

hay mucho que decir. Se propone siempre su resolución, sobre todo en los casos de muertes repentinas, porque, cuando menos se piensa, estas muertes pueden encubrir crímenes. Es esta una cuestión tan importante como difícil. Los peritos deberán estudiar los centros nerviosos, circulatorios y respiratorios; y éstos la determinarán ó no, pero para el Juez será siempre una guía. Sin embargo, estas muertes repentinas son frecuentes en los borrachos, en los niños de corta edad y recién nacidos, en los viejos, etc., lo que deberá tenerse en cuenta para evitar confusiones.

3.ª Cuestión. *Data de la muerte.*—Esta cuestión es tan importante como difícil de resolverla con precisión, porque, como ya se ha dicho, la putrefacción sufre modificaciones con el individuo, según la edad, su gordura ó delgadez, la naturaleza de la enfermedad, según la situación en que quede el cadáver, el estado atmosférico, la humedad, la temperatura, etc.—Como sabemos, las temperaturas muy elevadas retardan la putrefacción y aun secan los cadáveres, pudiendo así conservarse. Ejemplo, las momias de Egipto.

La putrefacción varía según el medio en que se actúa: el aire, el agua ó la tierra. Orfila trató de hacer estudios al respecto, y llegó á ciertas conclusiones preliminares é incompletas, debido, por una parte, á la grita que se levántó, basada en sentimientos piadosos hacia los muertos, y, por otra, á la cuestión de higiene, lado por el que se atacó también su iniciativa.

La putrefacción en el aire puede estudiarse de dos maneras: en las ciudades, en departamentos especiales, ó en el campo, al aire libre. Pero en los dos modos hay inconvenientes: en el primero, no se hace por razones de humanidad, por higiene, porque hiere desagradablemente el olfato; y en el segundo, porque habría que mantener los cadáveres lejos de la acción de ciertos animales, que sin eso se los comerían.

En el agua es difícil, porque al sacarse al aire, el estudio se haría mixto, fuera de que el cadáver que se pusiera sólo serviría para una sola sumersión. Habría, por consiguiente, necesidad de tener muchos cadáveres á mano, para no utilizar más á los que ya fueron objeto de investigación. Y esto es porque, si después de estudiarse en el aire, la descomposición iniciada en el agua, se volviese á sumergir el cuerpo, las observaciones no serían exactas, pues el medio en que se iba operando la descomposición sería mixto: agua y aire. Pero como es imposible proporcionar cadáveres en cantidad suficiente para esas experiencias, resulta que estos estudios son también incompletos.

En la tierra sucedería lo mismo: el medio sería mixto; habría que dar por perdidos los cadáveres, y los resultados variarían hasta el infinito, según la clase y composición de las mismas tierras, por ser en unos puntos la putrefacción más rápida que en otros. Sin embargo, existen ciertos datos íntimamente relacionados con la identidad de la persona muerta, que facilitarían estos estudios.

Por todo lo que se deja dicho, debe el

perito recoger el cadáver y acaparar todos aquellos datos sobre la identidad, data, putrefacción, etc., pues sirven más de lo que se cree y forman un conjunto nada despreciable para la averiguación de lo que se busca. Los datos que encuentre debe escribirlos, no guardarlos en la memoria, para así no olvidarse y poder corregir esos apuntes. Basado en todo esto el perito presentará un informe, pero en el cual debe decir que su opinión es más ó menos aproximada, siendo en todos estos casos un elemento precioso la sinceridad del perito, preferible mil veces más á conclusiones exactas, aun que supuestas, que desprestigian su noble misión.

## SUPERVIVENCIA

I.—DISPOSICIONES LEGISLATIVAS

*Código Civil.*—Art. 1016.—Si dos ó más personas, llamadas á suceder unas á otras, hubieren fallecido en un desastre común, ó en cualquier otra circunstancia, de modo que no se pueda saber cuál de ellas falleció primero, se presumirá que fallecieron todas al mismo tiempo, sin que se pueda alegar transmisión de derechos entre ellas.

II.—Se ha llamado *supervivencia* al grupo de cuestiones que tienden á determinar el orden en que se han producido varias muertes. La supervivencia consiste, pues, en la determinación de quién ha muerto primero, cuando varias personas han fallecido en un desastre común, ó si, por el contrario, esas muertes han tenido lugar simultáneamente.

Esta cuestión es importantísima bajo el punto de vista jurídico; y es por eso que la ciencia del derecho pide su auxilio á la Medicina Legal, para que le preste aquellos datos que puedan resolver esta cuestión. Indicaremos tan sólo para darse cuenta de la importancia del caso lo siguiente: Supóngase que un padre y un hijo mueren en un desastre común, sobreviviendo la mujer y madre respectivamente. Si el padre ha muerto primero, el hijo lo hereda, y como éste ha fallecido también, la madre vendría á heredar todos los bienes. Por el contrario, pártase del supuesto de que el hijo sucumbió primero y el padre después; en este caso, el cónyuge sobreviviente, ó sea la esposa, sólo tendría opción á la cuarta parte de los bienes, como porción conyugal, pasando los demás á los herederos legítimos del cónyuge premuerto.

Basta esta ligera exposición para dar una idea de la importancia excepcional que encierra esta cuestión bajo el punto de vista civil; y es por eso que todas las legislaciones han tratado de resolverla. Las legislaciones española y francesa tienen en estos casos muy en cuenta la edad y el sexo, y así suponen que en una calamidad, como un incendio, un naufragio, un derrumbe, es natural que primero muera el niño antes que el adulto; el viejo, que el hombre joven; la mujer, que el hombre. Estas son presunciones que no deben tomarse al pie de la letra, pues muchas veces los niños, por lo mismo que no se dan cuenta del peligro, permanecen risueños y alegres cuando ya los adultos están desmayados ó muertos de un síncope. Poco más ó menos

puede acontecer una cosa semejante en los demás casos.

Nuestra legislación no admite estas presunciones, como así puede cerciorarse uno con la lectura del art. 1016, transcripto más arriba. Sienta nuestra ley en ese artículo que, cuando no se pueda saber cuál persona murió primero, se presumirá que todas fallecieron al mismo tiempo. Pero esta presunción no es *juris et de jure*, es decir, absoluta, pues dado esto, no habría cuestión médico-legal alguna. Es una presunción relativa a la que puede oponerse prueba en contrario, cuya prueba sería la testimonial y la pericia médica.

Determinar el orden en que se produjeron dos ó más muertes, es una cuestión más difícil de lo que se cree. Sin embargo, esto no lleva a suponer que la Medicina Legal sea impotente ante las dificultades del problema. Nada de eso; tan sólo se reconocen las dificultades, lo que obligará a andar con todo tino en la resolución del punto.—Como base primera sentemos la siguiente cuestión: dictaminen los peritos, cuánto tiempo hace que murió fulano y cuánto zutano. Basta plantear el problema para resolverlo con acierto. Si se tratara de muertes acaecidas en épocas muy separadas unas de otras, sería muy fácil decidir cuál murió primero por los fenómenos cadavéricos, como la putrefacción, etc.; pero siendo nuestro caso el de muertes simultáneas, con intervalos de pocos segundos, ó minutos unas de otras, la descomposición más ó menos acentuada de los cadáveres, de nada serviría, por presentar los cuerpos modificaciones análogas.

La segunda base sería la investigación de la causa de la muerte, y averiguada ésta, decidir cuál fué la primera, y así sucesivamente. Esto se conseguiría con el estudio de los centros vitales, los cuales sufren alteraciones muy distintas en sus efectos. Estudiándolos se encontraría, que los atacados en el cerebro, mueren primero; los en el corazón, segundo; y, por último, los que más tardan en morir son los en el pulmón. Así, supóngase un incendio en un teatro, rodeado de los detalles más espantosos que se busquen, y que simultáneamente tres personas sufran, la primera una conmoción cerebral, la segunda un síncope y que a la tercera se le afecte el pulmón por el humo, etc.; en una palabra, que se afecten el cerebro, el corazón y el pulmón a la vez. En este caso, morirá primero el de la conmoción cerebral, después el del síncope y, por último, el por la asfixia. Esta es por consiguiente una base de algún valor. Sin embargo, no siempre pasan así las cosas, pues la causa en vez de actuar simultáneamente lo hace sucesivamente, de modo que bien pudiera perecer una persona por síncope después de muerta por asfixia otra, en una catástrofe como la indicada.

Como caso práctico se cita el de madama Leballinville y su hija, ocurrido en Francia en la costa del mar. Madame Leballinville con otras dos personas estaban en la playa sentadas y á cuatro metros de éstos y más adentro de tierra su hija y otra señora. Una ola al romperse descargó con toda su fuerza sobre el primer grupo, el

cual desapareció envuelto por aquella, esparciéndose el agua por encima de la roca, después de su primer choque y arrastrando al segundo grupo, aunque sin cubrirle enteramente. Al otro día empezaron á aparecer los cadáveres que habían sido arrastrados al fondo del mar.—Los herederos de madama Leballinville demandaron al marido de ésta, reclamándole los bienes que había recibido al contraer matrimonio, sosteniendo que la hija había muerto primero que la madre y que, por consiguiente, ésta no había dejado sucesión. Un tribunal falló el pleito á favor de los parientes de la madre, pero no habiéndose satisfecho el marido con esta resolución, apeló, y habiéndose encargado á Tardieu redactar el dictamen judicial, sacó la conclusión de que la madre había muerto primero, pues la ola al envolverla y arrastrarla obró como una masa contundente que produjo una conmoción cerebral, mientras que la hija, que no había sido envuelta del todo por el agua y arrastrada viva al fondo del mar, murió asfixiada. En la primera la muerte fué instantánea, y en la segunda duró algunos momentos.

### EXHUMACIÓN

Algunos autores niegan á las exhumaciones importancia médico-legal. Esas exhumaciones, dicen, son violentas para los deudos, peligrosas para los peritos por las emanaciones de un cadáver en putrefacción, y, sobretodo, todo ello ¿para qué? Para nada, dice Devergie, pues esas exhumaciones ninguna luz arrojan.

Esto no es tan absoluto como se pretende, pues tienen importancia y muy eficaz por cierto las exhumaciones, y ello se comprueba con el caso siguiente: Supóngase que se tienen sospechas de que un individuo muerto hace algún tiempo, falleció á consecuencia de un hachazo en el cráneo, víctima de una verdadera agresión, ¿caso la exhumación que del cadáver se haga y el estudio de los huesos del cráneo, no sacarán de la duda á la justicia? ¿la fractura de ese mismo cráneo, no será un dato concluyente?—Otro caso: un envenenamiento por sustancias minerales, que se conservan por tiempo ilimitado en el cuerpo; ¿no sería posible encontrar vestigios de ellas en el cadáver? etc, etc. Como se ve, por más que las exhumaciones son peligrosas, esto no obsta á que algunas, cuando son bien ejecutadas y seguidas de una autopsia bien hecha, proporcionen datos fehacientes que convierten el cadáver exhumado en una prueba de la criminalidad del acto con él ejecutado.

Nosotros, fuera de la disposición contenida en el art. 150 del Código Penal, y á la cual se ha hecho referencia con anterioridad, no tenemos disposiciones legislativas sobre las exhumaciones. Sólo pueden citarse las contenidas en los reglamentos de salubridad, que permiten las exhumaciones después del año de la muerte, no tratándose de enfermedades contagiosas, y tratándose de estas últimas el plazo tiene que pasar de diez años, y esto siempre que el cadáver haya sido inhumado en la tierra.

Las exhumaciones pueden ser *civiles* y

*judiciales*. Las *civiles*, son á petición de parte, y se hacen con el objeto de transportar los restos de un sitio á otro, como sucede en la reducción de restos, trasladando los huesos del cajón á una urna, ó llevándolos de un país á otro, ó de un cementerio á otro, como pasó entre nosotros con el Cementerio Inglés, etc. Las *judiciales*, se hacen por orden de la autoridad, cuando ésta sospecha que la muerte de un individuo ha sido violenta, y tienen por objeto la averiguación de los delitos.

Habría un recurso que subsanaría los inconvenientes de la inhumación y es la cremación de los cadáveres. La cremación ofrece ventajas, pues sin cremación el cuerpo humano se transforma en cuatro ó cinco años en ácido carbónico, amoníaco y agua, mientras que con cremación se convertiría en esos cuerpos en una hora.—La cremación debe establecerse con carácter facultativo y no obligatorio ni prohibitivo.

El juez de instrucción debe intervenir en las exhumaciones y los peritos deben ver si hay ó no peligro en verificarlas.—Muchas veces no se sabe con certeza donde se encuentra el cadáver, pero sí aproximadamente, ya por las cruces, ya también por el pasto que crece más abundantemente en el lugar donde está el cadáver, si éste ha sido enterrado en el suelo.

### AUTOPSIA

No tenemos disposición legislativa alguna con respecto á este punto, y esto es de sentirse, pues tratándose de una cuestión tan delicada sería muy conveniente tenerlas, á ejemplo de otros países.

En Alemania hay un reglamento oficial de autopsias, á cuyas disposiciones tienen que someterse todas las que se hagan, so pena de no tener valor alguno. Este reglamento indica el procedimiento á seguirse: se empezará por tal lado y se concluirá por tal otro, evitando así las chicanas. Hay utilidad en establecer el orden en que se debe proceder, la base de que deben partir los médicos para proceder á verificar una autopsia, señalando el lado por donde se tiene que empezar y el por el que hay que terminar. *Id. en España y América.*

Hay dos clases de autopsias: *clínicas* y *judiciales*. Se diferencian en que las *judiciales* se practican por orden del juez y tienen siempre por objeto averiguar la causa de la muerte; mientras que las *clínicas* se hacen por el profesor que asistió al enfermo, ó á pedido de la familia, con objeto de cerciorarse de cual fué la enfermedad que llevó á la tumba al difunto, fuera de las miras de estudio que lleva el médico que las efectúa. Las autopsias *clínicas* se verifican constantemente antes de la inhumación; las *judiciales* antes ó después, precediéndolas en este último caso la exhumación. En estas últimas, no hay más objeto que averiguar la causa de la muerte; en las *clínicas*, partiéndose de un hecho probable, se trata de corroborar el diagnóstico con los datos que suministre el cadáver, llevándose además el objeto de conocer las lesiones que las enfermedades producen en los órganos.

Uno de los objetos que se pueden llenar con los reglamentos sobre autopsias, es el

de evitar la desfiguración de las fracciones, imponiendo una forma determinada para ello, pues, si se hicieran á la buena de Dios, resultaría imposible la identificación de un cadáver, ya de por sí muy desfigurado por la muerte. Es muy difícil reconocer á un muerto, puesto que se desfigura mucho: se empalidece, se contraen los músculos de la cara, etc.; y es debido á esto, que vienen las equivocaciones al creer reconocer en tal ó cual muerto á tal ó cual persona.

Para que el cadáver no se deteriore y desfigure, propone el Dr. Mata el siguiente procedimiento: Se da un corte que va desde el pabellón de una oreja al otro, pasando por el vértice; se disecan los dos colgajos que resultan del corte y se echan, uno sobre la nuca y otro sobre la cara; se examina el cráneo y hecho esto, se sierra; se levanta la bóveda y se examina la dura-madre. Á la dura madre se le dan dos cortes con las tijeras, á lo largo y á los lados del seno longitudinal superior, y otros dos laterales, para formar cuatro colgajos, que se ranversan sobre la superficie de la cabeza; se examina el estado de la aracnoides, pia-madre y sus vasos. Se cortan con las tijeras la hoz del cerebro y la tienda del cerebelo, y levantando por delante y por detrás los hemisferios cerebrales, se inciden todos los vasos y nervios que salen por la base del cráneo y la médula, llevándose todo para colocarlo sobre una tohalla ó sábana. Vese el estado de la base del cráneo, los senos, etc., sin descuidar el canal medular, para advertir los humores que de él salgan. Se examina luego el exterior de la masa encefálica, y después se dan cortes, no horizontales, sino verticales y sin paralelismo, en diferentes puntos de dicha masa, para ver el estado de la sustancia cortical y medular, sin estar alteradas, su consistencia, color, derrames, focos, etc. Estos cortes permiten verlo todo perfectamente, y no destruyen la forma é integridad del órgano, como los cortes horizontales que practican según el proceder ordinario. Separando los hemisferios cerebrales, aparece el cuerpo caloso, y cortando éste con el bisturí, se ve el estado de los ventrículos medio y laterales, y de las diversas partes que hay en su interior. Para examinar el cuarto, basta levantar los lóbulos posteriores del cerebro, echar hacia atrás la eminencia vermicular superior, é introducir el escalpelo entre los pedúnculos cerebelosos superiores; de este modo queda cortada la válvula de Vienssens, y se ve el cuarto ventrículo. Después de examinada la masa encefálica, se coloca otra vez en la cavidad craneana, se recogen los colgajos de la dura-madre y se unen por medio de puntos de sutura; en seguida se coloca encima la bóveda del cráneo, y se cubre todo con los colgajos tegumentarios, que se sujetan también con puntos de sutura, teniendo cuidado de que la bóveda ósea no forme relieve en la frente.

Con esto queda inspeccionada la cabeza, sin que se note á simple vista que lo haya sido y sin que se haya alterado en nada el exterior del cadáver en esta parte.

Después se procede á la exploración de

la boca, faringe y cuello, siguiendo el mismo procedimiento de cortes.

Para más datos véase Mata.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.  
[Continuará.] Pág. 285.

### Conferencia sobre la neutralidad

(Continuación)

Estudiemos algunos casos en que se aplica el dogma de la neutralización, para luego completar su elogio. El primero y más ínfimo ejemplo lo tenemos en la extinguida república de Cracovia, creada cuando la odiosa partición de Polonia.

Esta creación artificial del Congreso de Viena no tiene valor que confirme nuestra tesis, pues fué planta de invernáculo cultivada brevemente para contener la voracidad insaciable de los vecinos; ella caducó cuando se hizo el centro de peligrosas y redentoras conspiraciones polacas. Si bien el caso del cacudo de Luxemburgo, que tantos vasallajes ha conocido, merece mayor reverencia, pues su neutralización persiste, habiéndose efectuado á este fin el desmantelamiento de sus fortificaciones y la reducción del ejército ducal, tampoco lo consideramos bastante saliente. Lo mismo podemos argumentar sobre las Islas Jónicas, pertenecientes en este siglo á Francia, independizadas luego, puestas posteriormente bajo el protectorado inglés, agregadas después á Grecia, y en la actualidad, perpetuamente neutralizadas por acuerdo extra-oficial de las potencias.

Los ejemplos típicos y educadores los encontramos, para formar criterio del alcance de estas medidas protectoras, en la neutralización de la Bélgica, digna de figurar al lado de la Suiza por su identidad; para conocer interesantes cuestiones concretas, en la neutralización del Mar Negro, Canal de Suez, Panamá y alguna otra secundaria.

La neutralización de Bélgica deriva de la disolución del imperio napoleónico, del cual aquel país era uno de sus muchos apéndices. El Congreso de Viena originalmente lo calificó de *Territorio vacante*, y trató de incorporarlo á Holanda. El 25 de agosto de 1830 se produjo una rebelión en Bruselas; entonces, Guillermo de Holanda, impotente para sofocarla, peticionó la intervención de aquel Congreso, obligado en teoría á hacer cumplir su mandato.

Refiriendo estos sucesos á la República Oriental, tendríamos que, la causa de los rebeldes belgas se identifica por sus propósitos con la de Artigas; la figura del rey con la de la absorbente Junta de Buenos Aires, empeñada en humillarnos; y la demanda, por aquél mismo, de ayuda al Congreso de Viena convertido en *causa*, á la alemana negociación de la invasión portuguesa, creada como amenaza solapada por el gobierno argentino, incapaz de dominar nuestros viriles alientos republicanos.

Para adoptar resolución, reunió en Londres una Conferencia compuesta de cinco

plenipotenciarios, y acordó, en vista de la resuelta actitud de Bélgica, su neutralización. Decía el fin del artículo 3.º: *Para garantizar á la vez la seguridad de las potencias contra las rivalidades de influencias, y para mantener el equilibrio europeo, acordamos proceder á la neutralización perpetua del nuevo Estado.* Y agregábase en el artículo 6.º: *Las cinco potencias de la Conferencia garanten esa neutralidad perpetua, así como la integridad é inviolabilidad de su territorio.*

Al hablar de la Conferencia Preliminar de 1828, que fué origen de nuestra independencia, cotejaremos el carácter y forma de estas conclusiones explícitas con las acordadas entre la cancillería brasileña y la argentina. Sin embargo, en un principio Bélgica no quiso aceptar este protocolo que le arrancaba el Luxemburgo; habiendo la Conferencia de Londres modificado en parte sus acuerdos, acatólo, pero entonces fué Holanda la descontenta. Reiniciada la guerra entre estas dos naciones, Bélgica reclamó el contingente prometido por los plenipotenciarios para sostener su neutralización. El no se hizo esperar; Casimir Périer envió 50 000 hombres á Bélgica, que fueron á inclinar decisivamente la balanza á su favor, y Holanda, vencida, aceptó la emancipación belga consagrada por un nuevo tratado, que modificado en su letra, no quedó tan determinante como el primitivo. Se distinguen la neutralidad suiza de la belga en que aquella fué reconocida como una verdad incontestable, fué abonada con la santa memoria de épopéicas heroicidades, y ésta se impuso sobre un territorio llamado *vacante* con toda propiedad; fué creada, en un principio, sobre el papel de los tratados. ¿No es verdad que en la independencia é integridad de nuestro país, saneadas por el valor legendario y la necesidad indiscutible, hay mucho de estos dos caracteres?

### X

Antes de calificar la neutralización de los estrechos y ciertos mares interiores, resumamos en breves párrafos el término, siempre relativo en el desenvolvimiento de las instituciones humanas, á que toca en nuestros días la neutralidad marítima, casi inseparable de la libertad de navegación de los mares.

Por muchos conceptos, tuvo, por lo general, menos actualidad aquel problema complejo. La neutralidad de los mares empezó á estorbarse en la práctica, recién cuando las escuadras fueron numerosas y las relaciones comerciales estrechas; la terrestre surgió con dificultad, abrumada por ambiciones y apetitos arrebatados que la hicieron naufragar muchas veces. De ahí, se comprende el hecho real de que el Congreso de 1815 prestara especial atención á los asuntos terrestres, con gran detrimento de los marítimos.

Pero ya el océano no era el antepecho de aterradores arcanos; allá, á lo lejos, se hallaba el moderno Edén, la joven América, y como las naves cruzaban por centenares la ancha faja líquida, eran imperativas á este respecto las necesidades de reglamentación. Por el tratado de París se dispuso

que nadie podría entorpecer la navegación de los grandes ríos de Europa (Oder, Weser, Vístula y el mismo Escalda), y esto significaba un notable adelanto. Inglaterra, aferrada al Consulado del Mar, y nebulosa de procedimientos como de clima, no quería romper con sus grandes enamoramientos de preponderancia naval, pero bajo el ministerio del insigne Sir Roberto Peel aquella potencia buscó el puesto de vanguardia que bien le correspondía por su cultura, y marcó elocuentemente esta sensata evolución suprimiendo en 1849, bajo el ministerio de Lord Russel, el Acta de Navegación, que había abierto en otrora la tumba comercial de la Holanda.

En vísperas de la guerra de Crimea, Inglaterra adhirió definitivamente á las benignas ideas corrientes. Concluida aquella saludable campaña, el nuevo derecho marítimo fué consolidado por los diversos plenipotenciarios que, reunidos en París, cerebro del mundo civilizado, acordaron: 1.º la abolición del corso; 2.º que el pabellón neutro ampara á la mercadería enemiga, con excepción del contrabando de guerra; y con estas dos conclusiones pertinentes á mi tesis, otras varias, de corte altamente liberal, que reflejan sobre el Congreso de 1856 prestigios imborrables.

Bosquejemos, en palabras sintéticas, la neutralización del Mar Negro, y así nos evitaremos solucionar la tan conocida de las Bocas del Danubio. Turquía había cedido al imperio moscovita derecho exclusivo de guerra sobre el Mar Negro, comprometiéndose á cerrar los Dardanelos á las demás potencias en la eventualidad de conflicto armado con Rusia. El Congreso de París, para quitar bríos á esta alarmante absorción, resolvió neutralizar aquel mar mediterráneo. El imperio desangrado en grandes contrastes militares, se conformó, más convencido por la razón de la fuerza, que por la fuerza de la razón; pero después de la guerra del 70 el habilísimo canciller Gortschakoff, aprovechando el inesperado apagamiento—que sería pasajero,—de una gran estrella, consultó á las potencias, diciendo astutamente, que los buques acorazados podrían entrar al Negro á pesar de la resistencia turca. En consecuencia, pedía la reforma de la sanción restrictiva del año 1856.

Una conferencia reunida en la ciudad de Londres al año siguiente, salvó el supuesto y malicioso peligro, de manera prudente, habilitando á la Sublime Puerta á abrir los Dardanelos á las potencias amigas, cuando juzgara indispensable su concurso para mantener la ejecución de aquellas cardinales estipulaciones.

En cuanto á los canales de origen artificial, que abren comunicación entre mares libres, no se modifica el criterio ya expuesto: la cláusula de la neutralización con carácter perpetuo reza invariable. En efecto, si tomamos como ejemplo el caso del Canal de Suez, encontramos que el Khedive, al autorizar al infortunado conde de Lesseps para emprender su gloriosa obra, decía textualmente: *Estará abierto como pasaje neutro á todos los navios comerciales sin distinción, exclusión ni preferencia de persona ó de*

*nacionalidad, mediante el pago de los derechos y ejecución de los reglamentos corrientes.*

Pero estas estipulaciones tan concisas sobre cuestión tan trascendental, no daban sello estable al anhelo común. Intentóse en 1885 un acuerdo internacional que, estorbado por el choque de intereses encontrados, fracasó. No había jornada prudente que conciliara las ambiciones individualistas de naciones colonizadoras, como el Imperio Británico, que reclamaba regalías exageradas para su pasaje marítimo, y las aspiraciones equitativas de potencias desinteresadas, como la Francia, que con sobrada razón pretendía poner justo contrapeso á estas veleidades de preponderancia.

Felizmente las conveniencias universales triunfaron, y hace poco tiempo, en 1888, se firmó en Constantinopla por todas las grandes potencias europeas, un tratado de definitiva neutralización, concebido, más ó menos, en la forma siguiente. El Canal de Suez estará abierto á todo navío de comercio ó de guerra, sin distinción de pabellón, en época de guerra como en época de paz; sus entradas no podrán jamás ser bloqueadas, y para llegar á ese fin, se ha fijado un límite sobre las aguas de sus extremidades, dentro del cual, aun tratándose de la misma Turquía, están prohibidos los combates navales; se estipula que los buques armados en guerra deben cruzar la extensión del canal en menos de menos de veinticuatro horas, pudiendo sólo desembarcar tropas en las orillas en caso de accidente y bajo serias restricciones; y otras minuciosas determinaciones que pasamos por alto.

No debemos olvidar el caso de controversia internacional que ofrece el inconcluso canal de Panamá. Cuando en 1848 se anunció el proyecto, mediante mutuas concesiones, Nueva Granada delegaba en Estados Unidos, que consecuente con la doctrina de Monroe calificaba de peligrosa la intromisión ultramarina en los asuntos americanos, la envidiada misión de guardar la neutralidad del canal. Pero la cancillería inglesa desconoció la validez de tal acuerdo en el hecho, para arribar luego ante la formal protesta elevada por los Estados Unidos, á la sanción del tratado Clayton Bulwer de recíproco sacrificio de aspiraciones de dominio exclusivo en Panamá. Posteriormente, cuando «el gran francés», aquel espíritu de hierro que creyendo coronar generalmente su renombre, de recio cimiento, empezó las gigantescas perforaciones donde enterraría su sólida reputación moral, Nueva Granada, estimulada por el gobierno de Washington, se declaró poseedora del privilegio de restringir el tránsito de buques de guerra por el canal. De esta insólita pretensión arrancan significativos debates internacionales, dignos de atención estudiosa. La tendencia americana, encarnada en la rígida República del Norte, aboga, sin reparo, por las conveniencias continentales, que esta vez son las suyas; y la tendencia moderna, las necesidades universales, sostenidas por las potencias europeas, reclaman una neutralización perpetua analoga á la del Canal de Suez. La paralización de los trabajos de apertura ha motivado la suspensión de estas negociaciones. Pero la idea de per-

forar el istmo no ha muerto con su abnegado fundador. Ya el canal de Nicaragua reviste apariencia práctica, y quizá no pasarán muchos años sin que se reabra esta polémica interesante é interesada, cuyo término conciliatorio no se ofrece tan fácil y clara como la emergencia de Suez. En los actuales sucesos de Venezuela, en el carácter amenazador de la intervención norteamericana, podemos apreciar la persistencia entre los hombres políticos de la Unión de ideales de supremacía internacional absoluta en los asuntos de este hemisferio, propósitos esos que envuelven gérmenes alarimantes para el futuro. De cualquier manera, aun hiriendo como herirá, susceptibilidades poderosas, esta discutida neutralización es indispensable y perfectamente lícita.

LUIS ALBERTO DE HERRERA.

(Concluirá.)

## SUETOS

### PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Han visitado por primera vez nuestra mesa de Redacción las siguientes publicaciones:

*Tric-Trac*— Periódico de variedades que ve la luz en la capital vecina y se recomienda por la amenidad de su lectura.

*La Escuela Positiva*—Importante revista científica que aparece en la ciudad de Corrientes y tiene por objeto la propaganda de las ideas positivistas.

\* \*

La interesante *Revista Literaria* que dirige nuestro colaborador Manuel B. Ugarte, en Buenos Aires, ha cumplido su primer año de existencia, ofreciendo con tal motivo á sus lectores un número selecto y prometiendo para muy en breve mejoras importantes tanto en su parte literaria como en la artística.

Hacemos votos por que pueda celebrar por mucho tiempo su aniversario.

\* \*

Con el título de *Letras* aparecerá próximamente en la ciudad chilena de Tacna una nueva revista que dirigirá el escritor señor José M. Barreto, quien cuenta con la colaboración de distinguidos publicistas americanos.

\* \*

En la noche del 11 del corriente tendrá lugar en San Felipe el espectáculo que la Empresa Pastor destina á allegar fondos para la instalación de la *Asociación de la Prensa*. Confiamos en que el fin laudable á que se destina el producto de la función será suficiente motivo para que la favorezca una numerosa concurrencia.